

552112000001 C10 185X

9-1

# EL HIPÓCRITA.

COMEDIA

DE MOLIERE

EN CINCO ACTOS EN VERSO.

TRADUCIDA AL CASTELEANO

Por D. J. MARCHENA.



MADRID MDCCCXI

EN LA IMPRENTA DE ALBAN Y DELCASSE,  
impresores del ejército frances en España,  
calle de Carretas, num. 31.

H. 2. 202

EL HIPÓCRITA

DE MOJIBRE

REPRESENTACIÓN DE LOS ACTORES

DE LA COMEDIA



MADRID, 1871

EN LA REVISTA DE LA LINGÜÍSTICA Y LINGÜÍSTICA  
INFORMACIÓN DEL MUNICIPIO DE MADRID  
N.º 30

## ADVERTENCIA.

---

No se me esconde quan apartado va de un autor un intérprete, por exácto, elegante y puro que éste sea; pero aquel que atienda á las muchas dificultades, que la traduccion de una comedia de Moliere ofrece, todavía verá que es acreedor á elogio quien todas las haya superado. *Est tamen hic quoque virtus.* Yo no sé si lo he conseguido, pero sé, á lo menos, que esta version no está escrita en lengua franca; idioma que tantos hablan en el dia, y en que allá ellos se entienden. Declamen quanto quieran en buen hora contra los que saben el castellano aquellos que no le han estudiado; yo confieso que me agrada mas el estilo lirico de Rioja que el de Salanoba, y hallo mas que imitar en los buenos trozos de *la Bella mal maridada* ó en *la Escolastica zelosa* de Lope que en lo mas selecto y atildado del *Hombre singular* ó *Catalina primera*. Nuestros traductores, y muchos de nuestros autores no han venido á caer en cuenta de que como el latin se aprende en los autores latinos, ni más

ni menos el castellano se aprende en los castellanos; verdad recóndita sin duda, que sino les es dable empero alcanzar á ella no errarán en admitirla, como cierta, quando no probada. Así, en vez de escribir contra los que leen nuestros autores clásicos, los estudiarán, y sabrán alguna de las lenguas de Europa.



AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR  
MARQUES DE ALMENARA,

MINISTRO DE LO INTERIOR, &c. &c.

EX.<sup>mo</sup> SEÑOR.

La obra que á V. E. presento no es  
ofrenda de un subalterno á su supe-  
rior, es, sí, testimonio de gratitud á  
muchas y señaladas mercedes por

*largo espacio de tiempo recibidas ; y si confesarlas es parte de la paga ; no debia yo aprovecharme de la primera ocasion que de hacerlo auténticamente se me ofreciera ? Los pocos que saben que el ilustre Casti, si gozó algun desahogo en los postreros instantes de su dilatada vida, lo debió á la munifica liberalidad de V. E. apreciará el afecto que los sabios le merecen ; pero yo , que solo en cultivar las letras me parezco á este célebre poeta , y que no he dado á la luz pública escritos que igual nombradia me hayan grangeado , no podia alegar motivos iguales para los favores que de V. E. tengo recibidos.*

*El público escuchó tan benévolo la representacion de esta comedia , y el traductor recibió tantos parabie-*

nes por el acierto con que dicen que  
logró trasladarla á nuestro idioma,  
que se ha persuadido, Exc.<sup>mo</sup> Señor,  
á que esta version podrá no ser in-  
digna de salir baxo los auspicios  
de V. E. y asi será ciertamente si los  
lectores confirman el voto de los es-  
pectadores.

Dignese, pues, V. E. de admitir este  
obsequio, prueba, sino de mérito  
literario, de gratitud indeleble.

Madrid 3 de junio de 1811.

J. Marchena.

ACTORES:

DOÑA TECLA, *madre de D. SIMPLICIO.*

D. SIMPLICIO, *marido de DOÑA ELVIRA.*

DOÑA ELVIRA, *muger de D. SIMPLICIO.*

D. ALEXANDRO, *hijo de D. SIMPLICIO.*

DOÑA PEPITA, *hija de D. SIMPLICIO.*

D. CÁRIOS, *amante de DOÑA PEPITA.*

D. PABLO, *cuñado de D. SIMPLICIO.*

D. FIDEL, *hipócrita.*

JUANA, *criada de DOÑA PEPITA.*

D. CELEDONIO, *escribano.*

UN ALCALDE DE BARRIO.

FELIPA, *criada de DOÑA TECLA.*

---

*La escena es en Madrid en casa  
de D. Simplicio.*



---

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA TECLA, DOÑA ELVIRA, DOÑA PEPITA, D. PABLO,  
D. ALEXANDRO, JUANA Y FELIPA.

---

DOÑA TECLA.

Anda, Felipa, mas vivo,  
que me vea libre de ellos.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Tal paso lleva usted, madre,  
que alcanzarla no podemos.

D.<sup>a</sup> TECLA.

No te canses mas, Elvira,  
en seguirme ; cumplimientos  
ya sabes que no me gustan.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Señora, aquí solo hacemos  
lo que es nuestra obligacion ;  
¿ mas por que con tal despecho  
se va usted de nuestra casa ?

D.<sup>a</sup> TECLA.

Porque aguantar mas no puedo  
lo que en ella pasa ; vaya,  
esta casa es un infierno :  
es un escándalo ; nadie,  
nadie sigue mis consejos ;  
sin respeto á los mayores,

cantando y hablando recio,  
que parece una ginebra.

JUANA.

Si. ....

D.<sup>a</sup> TECLA.

Tú siempre andas metiendo  
en todo tu cucharada,  
mas que nunca venga á cuento;  
eres muy entremetida,  
y charlas por quatro.

D. ALEXANDRO.

Pero...

D.<sup>a</sup> TECLA.

En una palabra, chico,  
tú no eres mas que un tontuelo;  
mírame, que soy tu abuela,  
y te lo digo, y le tengo  
pronosticado á tu padre  
que tú has de ser con el tiempo  
una mala cabecilla,  
y darle mil sentimientos.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Pero, abuela...

D.<sup>a</sup> TECLA.

Nietecita,  
con los ojos en el suelo,  
que parece que no quiebras  
un plato; yo te prometo  
que mas temo el agua mansa  
que la brava, y que te entiendo  
tus maulas.

II

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Madre, nosotros...

D.<sup>a</sup> TECLA.

Elvira, esto no va bueno,  
tu conducta no me gusta;

tú debes darles exemplo,

como hacía la difunta,

de economía, de arreglo.

Tú, siempre el vestido rico,

los moños, los embelecós.

La que á su marido quiere,

y no trata de cortejos,

no anda tan engalanada.

D. PABLO.

Señora, usted...

D.<sup>a</sup> TECLA.

Caballero,

como hermano de mi nuera

á usted estimo y respeto;

mas, si fuera su marido,

le suplicára al momento

que se plantára en la calle,

y no volviera aquí dentro.

Usted profesa unas máximas

que no agradan á los buenos;

¿que quiere usted? yo soy clara,

y digo aquello que siento.

D. ALEXANDRO.

Solo Don Fidel le peta

á usted, y no se...

D.<sup>a</sup> TECLA.

Es muy cierto;

ese es un justo: ¡ojalá  
que siguiérais sus consejos  
todos! Tú, como eres loco,  
siempre le andas zahiriendo,  
y á fé que me enfadas mucho.

D. ALEXANDRO.

Pues cierto que fuera acuerdo  
aguantar que un mogigato  
hipocriton se haga dueño  
de mi casa, y no podamos  
gozar ningun pasatiempo,  
sin pedirle ántes licencia.

JUANA.

Vaya; y si nos atenemos  
á sus palabras, no hay cosa  
en que no se ofenda al cielo:  
todo dice que es pecado.

D.<sup>a</sup> TECLA.

Y dice muy bien el siervo  
de Dios; para ir á la gloria  
el camino es muy estrecho.  
Mi hijo le respeta y quiere;  
sigan ustedes su exemplo.

D. ALEXANDRO.

No, abuela, padre ni nadie  
logrará que tenga afecto  
á ese hombre yo, y mentiría  
si dixera que le puedo  
llevar en paciencia; en breve  
tendremos un sentimiento,  
si continúa el bribon  
haciendo de amo aquí dentro.



JUANA.

¿No es cosa que escandaliza ver á un pobre pordiosero, que, quando se metió en casa, estaba el maldito en cueros, mandar, disponer de todo como si fuera él el dueño?

D.<sup>a</sup> TECLA.

Pesia á mí, mejor irían las cosas por los consejos de ese santo encaminadas.

JUANA.

Usted cree que es muy bueno, pero yo que le conozco, digo que es un embustero, gazmoño.

D.<sup>a</sup> TECLA.

¡Lengua maldita!

JUANA.

Ni su criado Lorenzo ni el amo son de fiar.

D.<sup>a</sup> TECLA.

El criado no me meto en averiguar si es malo; el amo sé que es muy bueno. Ustedes le quieren mal porque no se anda en rodeos, y reprehende sus vicios; porque con un santo zelo defiende la ley de Dios, y porque no es lisongero con el pecado.

JUANA.

Está bien.

¿Pero por que, hace algún tiempo,  
que se pone dado al diablo  
quando viene alguien á vernos?

¿De una visita inocente  
acaso se enoja el cielo?

Aquí para entre nosotros,  
si va á decir lo que pienso,  
él está de mi señora  
enamorado y con celos.

D.<sup>a</sup> TECLA.

Calla, calla, y mira bien  
lo que hablas. El devaneo  
de mi nuera, las visitas,  
tanto lacayo y cochero  
ahí plantado, tanto coche  
á la puerta dan perpetuo  
pábulo á murmuracion  
de las gentes; yo bien creo  
que no hay ofensa de Dios,  
pero el escándalo es cierto.

D. PABLO.

Á las lenguas maldicientes  
¿quien puede poner silencio?  
Bueno sería, señora,  
que con los que mas queremos  
riñéramos por temor  
de que murmuren los necios:  
y ni aun así callarian.  
Señora, no nos curemos  
de lo que digan los tontos;

sigamos por el sendero recto, y dexemos que el vulgo hable quanto quiera luego.

JUANA.

¿Si será nuestra vecina Alfonsa quien va diciendo mal de nosotros? Bien puede, porque siempre son aquellos que tienen para callar mas motivos los primeros que tiran, y con mas furia, la piedra al tejado ageno. La amistad mas inocente la convietten al momento en mala, y van pregonando los imaginados yerros de los otros, que así esperan encubrir los verdaderos que ellos cometen, ó acaso disculpar sus desaciertos, descargando en otros parte del público vituperio que se tienen grangeado.

D.<sup>a</sup> TECLA.

Nada de eso viene á cuento. Doña Ana, que es una santa, que solo piensa en el cielo, habla mucho mal de ustedes, y me lo han dicho sugetos que la ven muy á menudo.

JUANA.

¡Buena autoridad por cierto!

Verdad es que esa señora  
sirve á Dios con mucho zelo,  
y que ha dexado del mundo  
las pompas y devaneos,  
pero ya el mundo le habia  
vuelto la espalda primero.

Con sus reverendas canas  
mal se avienen los contentos  
mundanales, y ella quiere  
con mentidos embelecos

de virtud y santidad  
disimularnos del tiempo  
los estragos. Así son

tantos falsos beaterios.

Se acaba la mocedad

y con ella los cortejos.

Tristes y desamparadas,

¿queda entónces otro medio

para no desesperarse

mas que pensar en el cielo?

Afectando austeridad,

y con semblante severo,

las nuevas santas censuran

á las demas, reprendiendo,

toda amistad inocente,

todo honesto pasatiempo,

no por caridad cristiana;

¿que es caridad? ni por pienso:

por envidia solamente

de que otras gocen contentos

que ellas disfrutaron ántes,

mas que para siempre huyeron

con la juventud.



D.<sup>a</sup> TECLA.

Bien dicho.

*Á Elvira.*

Elvira, estos son los cuentos que te gustan ; la criada charlando siempre por ciento y los demas calladitos ; pero al fin , yo tambien quiero hablar á mi vez , y digo que nunca pudo haber hecho mi Simplicio mejor cosa que traer á casa un sugeto tan santo , y que aquí ha venido por disposicion del cielo para llevarlos á ustedes por el camino derecho de salvacion , y sacarlos de pecado. Todos esos bayles , festines , visitas , comedias y otros festejos son invenciones del diablo , con que procura perdernos. Jamas en ellos se escuchan palabras santas , ni exemplos sacados de los sermones , sino equívocos , requiebros , y á veces murmuracion del próximo ; y del estruendo de estas diversiones salen , hasta los hombres mas cuerdos , atontadas las cabezas , oyéndose en un momento

veinte mil habladurías.

Así dixo con acierto  
un predicador muy grave,  
que eran estos pasatiempos  
la torre de Babilonia,  
porque babean por ellos  
los tontos y los bolonios,  
y para seguir mi cuento,  
el predicador... Parece

*Á D. Pablo.*

que el señor se está riendo:  
vaya usted á buscar monos

*Á Doña Elvira.*

que le diviertan... No quiero  
hablar mas; á Dios Elvira:  
dí que me emplumen si vuelvo  
á poner aquí los pies,  
aunque se juntára el cielo

*Dá una bofetada á Felipa.*

con la tierra... Anda maldita:  
¡que sorna y que contoneo!  
Yo te enseñaré á que mires  
las musarañas, jumento:  
vamos, anda, aguija, vivo.

## ESCENA II.

*D. Pablo y Juana.*

D. PABLO.

Vaya con Dios, que no quiero  
acompañarla, no sea  
que me diga otros denuestos.  
Cuidado que la abuelita...

JUANA.

Si se oyera llamar eso  
bueno le pusiera, vaya,  
á usted ; dixerá á lo menos,  
que para llamarla abuela  
no es tan vieja.

D. PABLO.

¡Que mal genio  
gasta, y que pasion le tiene  
á su Don Fidel!

JUANA.

Pues eso

es friolera comparado  
con el loco devaneo  
de su hijo. Jamas se ha visto  
tal manía en hombre cuerdo.  
En los pasados disturbios  
se portó con mucho seso,  
y se hizo estimar de todos,  
sirviendo con mucho zelo  
al Rey contra los rebeldes,  
mas desde que aquí tenemos  
á su amigo Don Fidel,  
el juicio se le ha vuelto.

Á madre, hijos y muger,  
y á sí propio quiere menos  
que al hipocriton ; de él solo  
fia todos sus secretos ;  
no hace cosa que no sea  
dictada por su consejo ;  
le llama hermano , le abraza  
y le besa , como un tierno

amante hiciera á su dama:  
 en la mesa el primer puesto  
 le ha de ocupar Don Fidel.  
 Se le cae la baba viendo  
 al puerco engullir por siete;  
 le hace el plato, y lo selecto  
 le aparta, y luego, si eructa,  
 le dice *Dominus tecum*.  
 En fin loco está con él;  
 le mira como un perfecto  
 dechado; cita sus dichos  
 y sus obras por modelo  
 de virtud y santidad,  
 y por reliquias me temo  
 que ha de adorar sus vestidos.  
 Don Fidel, que le ve lelo,  
 y que quiere sacar baza,  
 le engaña con embelecocos,  
 y aparentando virtud  
 le sonsaca su dinero.  
 Riñe quanto hacemos todos;  
 hasta el bribon majadero  
 del mozo tambien le imita,  
 y hace de censor acerbo.  
 Ayer nos hizo el maldito  
 mil pedazos un pañuelo  
 de mi señora que halló  
 sobre un rosario, diciendo  
 que las pompas del demonio  
 era un pecado muy feo  
 el dexarlas en un sitio,  
 donde están cosas del cielo.



## ESCENA III.

*Doña Elvira, Doña Pepita, D. Alexandro,  
D. Pablo y Juana.*

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Á D. Pablo.

Muy bien has hecho en quedarte,  
que allá fuera de impropiedades  
nos ha llenado. Mas voy  
al instante á mi aposento  
á aguardar á mi marido,  
que ahí viene.

D. PABLO.

Pues yo le espero  
aquí para hablarle á solas  
dos palabras, y irme luego.

## ESCENA IV.

*D. Pablo, D. Alexandro y Juana.*

D. ALEXANDRO.

Dígale usted por Dios, tío,  
que acelere el casamiento  
de mi hermana; yo no sé,  
pero mucho me recelo  
que Don Fidel pone estorbos  
á union que tanto deseo.  
Si Carlitos y mi hermana  
se quieren, yo no estoy menos  
prendado de la hermanita  
de Carlos, y este himeneo...

JUANA.

Allí viene mi señor.

## ESCENA V.

*D. Simplicio, D. Pablo y Juana.*

D. SIMPLICIO.

Hermano, Dios te dé buenos días.

D. PABLO.

Conbien él te trayga;  
¿el campo estará algo seco?

D. SIMPLICIO.

Juana . . . Permíteme, hermano,  
que me informe en un momento  
de lo que aquí haya ocurrido.

*Á Juana.*

¿No hay cosa alguna de nuevo  
estos dos días que falto?  
¿está todo el mundo bueno?

JUANA.

Antes de ayer mi señora  
tuvo un calenturon recio  
con una fuerte jaqueca,  
y un vómito muy violento.

D. SIMPLICIO.

¿Y Don Fidel?

JUANA.

¡Don Fidel!  
gordo, colorado y fresco;  
reventando de salud.

D. SIMPLICIO.

¡Pobrecito!

JUANA.

Y á mas de esto  
una gran inapetencia,  
que fué tal que no hubo medio  
de hacerla tomar ni un caldo  
para conciliar el sueño.

D. SIMPLICIO.

¿Y Don Fidel?

JUANA.

Dando guagias,  
porque se lo daba, al cielo,  
dos perdices estofadas  
y una pierna de carnero  
cenó con frutas y dulces.

D. SIMPLICIO.

¡Pobrecito!

JUANA.

El crecimiento  
le duró la noche entera,  
y no hizo mas que dar vuelcos  
en la cama, sin pegar  
los ojos ni aun un momento,  
tanto que hubo que velarla.

D. SIMPLICIO.

¿Y Don Fidel?

JUANA.

En un sueño  
se llevó toda la noche,  
á pierna suelta durmiendo,  
mientras los demas velaban.

D. SIMPLICIO.

¡Pobrecito!

JUANA.

Al fin le hicieron  
dos sangrías, y con ellas  
se encontró aliviada luego.

D. SIMPLICIO.

¿Y Don Fidel?

JUANA.

Por cobrar  
brios contra el mal ageno,  
y recuperar la sangre  
que perdió mi ama, su almuerzo  
le hizo con medio jamon,  
y seis vasos de Burdeos.

D. SIMPLICIO.

¡Pobrecito!

JUANA.

Por fin ambos,  
gracias á Dios, están buenos;  
yo voy á decir al ama,  
señor, con qué sentimiento  
ha sabido usted su mal.

## ESCENA VI.

*D. Simplicio y D. Pablo.*

D. PABLO.

Ya ves qual se está riendo  
en tu presencia de tí,  
y tiene razon; no quiero



enfadarte; ¿mas quien vió  
tal locura en hombre cuerdo?  
¿Te ha dado un hechizo acaso  
Don Fidel, que no contento  
con traértele á tu casa,  
y sacarle del extremo  
de miseria en que se hallaba  
dexas por él todo, y luego? . .

D. SIMPLICIO.

Véte poco á poco, hermano;  
no le conoces, por eso  
hablas así.

D. PABLO.

Norabuena;  
no sé quien es, mas sospecho  
lo que puede ser.

D. SIMPLICIO.

Ah, Pablo,

¡que rico tesoro tengo  
en él! si le conocieras  
me lo dirias; ¡que bueno,  
que virtuoso, que santo!  
un hombre; vaya, no puedo  
encarecértelo; un hombre . . .  
quien escucha sus consejos  
siempre vive en paz profunda;  
nada turba su sosiego,  
y mira todo este mundo  
como un puñado de estiercol.  
Yo con su conversacion  
estoy hecho un hombre nuevo;  
me he desprendido de todos

mis amigos y mis deudos.  
 Hijos, hermanos, muger,  
 y madre, si en un momento  
 se murieran á mi vista,  
 no me importára ni un bledo.

D. PABLO.

Son afectos muy humanos.

D. SIMPLICIO.

¡Válgame Dios, quando pienso  
 en cómo le conocí,  
 todavía me enternezco!  
 No faltaba ningun dia  
 de la iglesia; muy modesto  
 se ponía de rodillas  
 junto á mí, mirando al suelo.  
 Rezaba con un fervor  
 tan ardiente el Padre nuestro,  
 que hasta en el coro se oían  
 sus gritos y sus lamentos,  
 y con mucha devocion  
 mil veces besaba el suelo.  
 Al salir siempre me daba  
 agua bendita en el hueco  
 de su mano; su criado,  
 que era imitador perfecto  
 de su devocion, me dixo  
 quién era muy por extenso,  
 y el estado de miseria  
 en que estaba; yo sabiendo  
 su necesidad le daba  
 limosna; mas él modesto  
 decia, *la mitad sobra*;

ah , señor , yo no merezco  
 tanta piedad, y si no  
 se lo tomaba iba luego  
 á repartirlo á los pobres  
 en mi presencia ; con esto  
 me tocó el cielo , le traxe  
 á mi casa, y satisfecho  
 vivo con su compañía,  
 qual no podré encarecerlo.  
 Lo corrige y lo censura  
 todo, y seis veces mas zelos  
 tiene de mi muger propia  
 que yo mismo (no exâgero),  
 y me avisa si sospecha  
 que alguien le dice requiebros:  
 ¡ tanto le duele mi honor!  
 Pero su devoto zelo  
 es ya tan escrupuloso  
 que el defecto mas ligero  
 en que incurra le parece  
 grave ofensa contra el cielo.  
 Seis dias ha le picó  
 una pulga estando haciendo  
 oracion mental, y al punto  
 con mil lloros y lamentos  
 se acusó de que la habia  
 muerto con mucho despecho.

D. PABLO.

Sin duda te estás burlando,  
 ó bien has perdido el seso:  
 vive Dios que tal locura...

D. SIMPLICIO.

Hermano, vamos con tiento,  
que eso es hablar con muy poca  
religion, y yo me temo  
que has de tener que sentir,  
y que el castigo del cielo  
te ha de coger algun dia.

D. PABLO.

Ese estrivillo perpetuo  
no se os cae de la boca;  
porque vosotros sois ciegos  
pensais que somos impíos  
todos quantos claro vemos.  
Quien desprecia á los gazmoños  
y sus vanos embelecós,  
se os figura que á las cosas  
santas no tiene respeto.  
Mas todos esos discursos  
nunca me han metido miedo:  
Dios que ve los corazones  
bien sabe como yo pienso.  
Yo no me dexo engañar  
de esos viles embusteros  
que afectan la devocion,  
como otros fingen denuedo.  
Así como los valientes  
nunca se jactan de serlo,  
tampoco afectan piedad  
los devotos verdaderos.  
Mas tú confundes, hermano,  
al hipócrita embustero  
con el amigo de Dios,



venerando al fariseo,  
 qual debieras al apóstol.  
 Los que mienten santo zelo  
 en vez de oro nos dan plomo,  
 y son unos monederos  
 falsos de la religion,  
 que seducen á los necios  
 con sus fingidas virtudes,  
 y con su language artero.  
 No, hermano, de la razon  
 la moderacion es sello,  
 y sello característico,  
 como del vicio el exceso:  
 quien la exâgera la estraga:  
 baste por ahora.

D. SIMPLICIO.

Cierto:

como tú eres un doctor  
 de la iglesia, un estupendo  
 teólogo, el Caton del mundo,  
 y somos locos y necios  
 los demas, escucharé  
 con humildad tus consejos,  
 y haré lo que tú me digas.

D. PABLO.

No, hermano, yo no pretendo  
 ser doctor, ni saber mas  
 que los otros, pero pienso  
 que sé distinguir el grano  
 de la paja, el oro terso  
 de la alquimia vil, y quanto  
 á los justos reverencio,

exêcro la hipocresía,  
y como no hay en el suelo  
cosa mas noble que el santo  
zelo y el fervor sincero,  
tampoco la hay mas odiosa,  
ni mas digna de desprecio  
que la infame hipocresía,  
que ese farisaico zelo  
de los torpes histriones  
de virtud, el sacrilegio  
de su falsa devocion,  
que cubriendo con el velo  
de la religion sagrada  
la sentina de su pecho,  
abusan del nombre santo  
de Dios y compran á precio  
de su mentida piedad  
honras, cargos, y el respeto  
del pueblo y de los magnates;  
que aspirar fingen al cielo  
para grangear riquezas,  
y que, anacoretas nuevos,  
en los empleos mas altos  
predican el menosprecio  
de las pompas mundanales,  
y en palacio hablan del yermo;  
la hiel en el corazon,  
la miel en el labio; arteros,  
implacables enemigos  
de los hombres de talento,  
que motejan como impíos,  
y siempre el puñal blandiendo  
de sus viperinas lenguas

asesinan los perversos  
con capa de religion.

Pero la vista apartemos  
de estos devotos del siglo,  
que son sepulcros infectos.

Los que merecen el nombre  
de justos, los que de exemplo  
ilustre pueden servirnos,

los que veneran los buenos  
no ostentan esa bambolla  
de religion y de zelo,

á nadie acusan de impío;  
ruegan, á Dios que al sendero  
recto traiga al pecador;

no corrigen con acerbos  
dictérios á sus hermanos;  
reprehenden nuestros yerros

con su virtud acendrada,  
y no creen de ligero  
las apariencias del vicio

en el próximo, que el bueno  
no piensa mal de los otros  
fácilmente: los agenos

pecados los compadecen;  
tienen aborrecimiento  
á la culpa y no al culpado,

sabiendo que agrada al cielo  
la humildad y la indulgencia  
y que el justo no es soberbio.

Este es el original  
del cristiano verdadero,  
y tu Don Fidel en nada

se parece á tal modelo;  
tú de buena fé le alabas,  
pero en un falso concepto  
le tienes, su hipocresía  
con la virtud confundiendo.

D. SIMPLICIO.

¿Has acabado ya, Pablo?

D. PABLO.

Sí, ya acabé.

D. SIMPLICIO.

Lo celebro.

Pues á dios.

D. PABLO.

Aguarda un rato,  
que hablar de otra cosa quiero;  
bien sabes que Don Carlitos  
anhela por ser tu yerno,  
y que tú le has prometido  
casarle con tu hija.

D. SIMPLICIO.

Es cierto.

D. PABLO.

Que está señalado el día.

D. SIMPLICIO.

Todo es verdad.

D. PABLO.

¿Y á que efecto  
lo dilatas?

D. SIMPLICIO.

No lo sé.

D. PABLO.

¿Has mudado pensamiento?



D. SIMPLICIO.

Puede ser.

D. PABLO.

¿Á tu palabra  
faltar quieres?

D. SIMPLICIO.

No digo eso.

D. PABLO.

Yo no veo otro motivo  
que ser pueda impedimento.

D. SIMPLICIO.

Segun.

D. PABLO.

Explicate, y dexa  
aparte tantos rodeos.  
Cárlos me dixo que hablara  
contigo.

D. SIMPLICIO.

Gracias al cielo.

D. PABLO.

¿Pero que he de responderle?

D. SIMPLICIO.

Lo que mas te venga á cuento.

D. PABLO.

¿Como he de decirle nada,  
si no sé á que estás resuelto?

D. SIMPLICIO.

A hacer aquello que fuere  
la voluntad de Dios.

D. PABLO.

Bueno;  
¿pero cumples tu palabra?

ó sí ó no , sin mas rodeos.

D. SIMPLICIO.

Dios te guie.

D. PABLO.

Buenos vamos ;  
que suceda un desman temo  
á su amor ; quiero avisarle ,  
y procurar el remedio.

## ACTO II.

### ESCENA PRIMERA.

*D. Simplicio y Doña Pepita.*

Pepita.

D. SIMPLICIO.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Padre.

D. SIMPLICIO.

Mas cerca ,  
que quiero á solas hablarte.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

*Á D. Simplicio que registra un gabinete.*  
¿Que mira usted?

D. SIMPLICIO.

Es por ver  
si está escuchándonos alguien ;  
para servir de escondite  
ese retrete es parage  
á propósito. Bien va ,  
que no está fisingando nadie.

Pepita, yo sé que tienes una índole muy suave, y te he querido bien siempre por tu condicion amable.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Agradezco muy de veras tan tierno cariño, padre.

D. SIMPLICIO.

Bien dicho; pero si quieres conservarle y aumentarle me has de procurar dar gusto.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Así lo hago en todo lance.

D. SIMPLICIO.

Hablas bien: ¿y que me dices de Don Fidel?

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¿Quien? ¿yo, padre?

D. SIMPLICIO.

Tú: mira como respondes.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¡Ay señor! lo que gustare usted diré.

## ESCENA II.

*D. Simplicio, Doña Pepita, Juana, que entra en puntillas, y se pone detras de D. Simplicio, sin que éste la vea.*

D. SIMPLICIO.

Así vá bueno.

Dí que te parece amable,

que sus prendas te cautivan,  
que tiene cumplidas partes  
para marido, y que quieres  
que yo te mande al instante  
que le des mano de esposo,  
sin que un punto lo dilates.  
¡He!

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¡He!

D. SIMPLICIO.

¿Que es?

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¿Como?

D. SIMPLICIO.

¿Que dices?

Habla.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Temo equivocarme.

D. SIMPLICIO.

¿Y por que?

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¿Quien quiere usted

que le diga que es amable  
á mis ojos, que cautiva  
mi pecho, y que usted me mande  
que le dé mano de esposo?

D. SIMPLICIO.

Don Fidel.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¡Que disparate!

¿Si eso no es cierto, á que viene  
decir mentira tan grande?



D. SIMPLICIO.

Yo quiero que sea cierto,  
y breve, y sin replicarme,  
que lo tengo así dispuesto,  
y mi orden debe bastarte.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¿Quiere usted, padre?...

D. SIMPLICIO.

Sí; quiero

sin tardanza emparentarme  
con Don Fidel, siendo tú  
su esposa.

*Viendo á Juana.*

Dí, ¿que es lo que haces  
plantada ahí? pues me gusta,  
y cierto que es admirable  
la curiosidad, oyendo  
lo que decimos: el lance  
está bueno.

JUANA.

Yo no sé  
si es un rumor en el aire,  
ó si tiene fundamento,  
pero me hablaron denantes  
de estas bodas, y yo dixé  
que era mentira al instante.

D. SIMPLICIO.

Ola; ¿con que no lo crees?

JUANA.

Ni aunque me lo digan frayles  
descalzos, ni se lo creo  
á usted propio. ¡Disparate!

D. SIMPLICIO.

Pues yo te haré que lo creas.

JUANA.

Usted quiere chancearse.

D. SIMPLICIO.

Pronto veremos si es cierto.

JUANA.

Cuento.

D. SIMPLICIO.

Pues no es por burlarme  
lo que digo ; no , hija mia.

JUANA.

No haga usted caso de padre,  
señorita.

D. SIMPLICIO.

¿ Como que ?

JUANA.

Si se cansa usted en valde,  
que no queremos creerle.

D. SIMPLICIO.

Si me enfado , voto á sanes....

JUANA.

Norabuena ; le creemos,  
para que usted no se enfade ;  
¿ pero no es una vergüenza  
que un hombre maduro , grave,  
con la coleta tan larga,  
tenga tan pocos alcances  
que tome empeño en casar  
con un drope despreciable  
á su hija ? y que....

D. SIMPLICIO.

Escucha, Juana:  
tú te tomas facultades  
que no me gustan; ¿me entiendes?

JUANA.

Señor, por Dios no se enfade  
usted, y dígame en plata;  
¿piensa que debe casarse  
la niña con un beato?  
¿No ve usted quanto mas vale  
que piense en la gloria? ¿Y no es  
cargo de conciencia darle  
una muchacha tan rica  
á un mendigo miserable,  
como Don Fidel?

D. SIMPLICIO.

Si es pobre,  
su indigencia respetarse  
debe mas que la opulencia  
de ciento que papel hacen  
en el siglo: no cuidando  
de los bienes temporales,  
le privaron de la herencia  
que le dexaron sus padres  
los malvados; pero yo  
le daré la mano, y ántes  
de mucho recobrá  
el lustre de su linage,  
y sus pingües mayorazgos,  
que es rico y de hidalga sangre  
Don Fidel.

JUANA.

Así lo dice

él ; pero el hacer alarde  
de hidalguía mal se aviene  
con la humildad , ni ensalzarse  
debe nunca un buen cristiano  
por ser de noble linage.

Hijos de Dios somos todos ;  
la soberbia perdió al ángel,  
y... pero usted se incomoda ;  
dexemos su cuna aparte,  
y hablemos de su persona.

¿ No fuera escándalo , y grande ,  
que á muchacha tan bonita  
llevara hombre semejante ?

¿ Que no dirían las gentes ?

¿ No serían de este enlace

las que entender no se escusan  
consecuencias muy probables ?

Mucho arriesga la virtud  
de una niña en dar al traste ,  
quando sus inclinaciones

así las fuerzan sus padres ;

la honradez de la muger

pende , señor , en gran parte

de las prendas ó defectos

del marido que le cabe.

Maridos conozco yo

que el buz la gente les hace ,

y ellos se tienen la culpa

de que se anden sus mitades

como Dios quiere , que al fin



las mugeres son de carne,  
y hay hombres de tal calaña,  
tan raros y originales,  
que serles fieles sería  
tener la virtud de un ángel.  
Quien da su hija á tal esposo  
es ante Dios responsable  
de los yerros que cometa,  
hasta el día que enviudare.

D. SIMPLICIO.

¿No sé yo mi obligacion,  
qué vienes ahora á darme  
lecciones?

JUANA.

Y mas valiera  
que usted las tomara.

D. SIMPLICIO.

Baste:

no malgastemos el tiempo  
en oir sus necedades.

Yo sé lo que te conviene,  
y lo miro como padre.

Es muy cierto que á Don Carlos  
dí palabra de casarte

con él, mas luego he sabido

que es jugador, y si vale  
decir verdad, mal cristiano.

Nunca he podido encontrarle  
en sermones, en novenas,  
en jubileos, ni en salves.

JUANA.

Eso faltara, que fuera

á la propia hora á toparse  
con usted, como hacen otros.

D. SIMPLICIO.

Lo que te digo es que calles;  
nadie te pregunta nada.

Por fin el otro es un ángel,  
un amigo verdadero  
de Dios, y de celestiales  
gustos será su himeneo  
un manantial abundante.  
Vivireis como angelitos,  
como tórtolas amantes,  
entre cariños y arrullos,  
sin contiendas ni debates,  
y harás de él lo que quisieres.

JUANA.

¿De él? lo que hará es un cofrade  
de san Márcos.

D. SIMPLICIO.

¡Hay tal pico!

JUANA.

Si es su estrella irremediable,  
si no puede ser por menos,  
señor, ni hay virtud que baste  
á no meterle en el gremio.

D. SIMPLICIO.

Ya te he dicho que te calles,  
y no metas tu cuchara  
donde no te llama nadie.

JUANA.

Yo hablo por su bien de usted.

D. SIMPLICIO.

Mi bien no te importa ; no hables  
mas palabra.

JUANA.

Si no fuera  
por la ley que tengo.

D. SIMPLICIO.

Dale ;  
no quiero que me la tengas.

JUANA.

No, señor, que aunque usted rabie  
le quiero tener ley.

D. SIMPLICIO.

¡ Oigan !

JUANA.

Y no he consentir que ande  
en lenguas su honor de usted  
por tamaño disparate.

D. SIMPLICIO.

¿ Con que, ello, no has de callar ?

JUANA.

No señor, porque se me hace  
á fe cargo de conciencia  
sufrir boda semejante.

D. SIMPLICIO.

Calla, diablo, que el infierno  
envió para tentarme.

JUANA.

¿ Usted es santo y se enfada ?

D. SIMPLICIO.

Y mucho. No has de chistarme,

ó yo te haré que obedezcas  
lo que te mando.

JUANA.

Aunque calle  
no dexaré de pensar  
que es solemne disparate  
este matrimonio.

D. SIMPLICIO.

Piensa  
lo que quieras, y no me hables...  
Con madurez lo he mirado,  
*Á su hija.*  
y te conviene este enlace.

JUANA.

Rabiando estoi por hablar. *ap.*

D. SIMPLICIO.

No es de las mas agradables  
su figura, mas tampoco  
es de las mas repugnantes...

JUANA.

Sí; cara tiene de mico. *ap.*

D. SIMPLICIO.

Y quando no te gustare  
su facha...

JUANA.

La lotería *ap.*  
con estas bodas le cae.

*D. Simplicio se vuelve ácia Juana, y la está escuchando  
con los brazos cruzados, y mirándola de hito en hito.*

Si estuviera en el pellejo  
de la niña, de este enlace,  
á fe de quien soy, no habia



el muy drope de alabarse.  
No bien fuera su muger,  
quando supiera vengarme.

D. SIMPLICIO.

Á Juana.

¿Con que, ello, no se hace caso  
de lo que yo digo? ¡es lance!

JUANA.

¿Quien hablaba con usted?

D. SIMPLICIO.

¿Pues con quien hablabas ántes?

JUANA.

Conmigo propia.

D. SIMPLICIO.

Está bien.

Un bofeton he de darle *ap.*  
para castigar su mucha  
desvergüenza... Que te cases

*Se dispone á dar una bofetada á Juana, y á cada  
palabra que dice á su hija se vuelve á mirar si aquella  
habla. Juana se está quieta, y sin despegar  
los labios.*

con Don Fidel he resuelto,  
y que se haga lo mas ántes  
esta boda. ¿En que consiste,

Á Juana.

Juana, que contigo no hables?

JUANA.

No tengo mas que decirme.

D. SIMPLICIO.

Una palabrita.

JUANA.

Dale:  
no me da gana.

D. SIMPLICIO.

Atisvando

te estaba.

JUANA.

Sí; á buena parte.

D. SIMPLICIO.

En fin, hija, sé obediente,  
cásate con él, y dame  
gusto.

JUANA.

*Huyendo á todo correr.*

Yo no me casara,  
aunque viva me majasen.

D. SIMPLICIO.

*Despues de haber querido dar un bofeton á Juana,  
y darle en vago.*

Tienes contigo un demonio  
del infierno; que me maten  
si puedo un punto con ella  
vivir sin desesperarme,  
y sin ofender á Dios.  
Me voy á tomar el aire,  
porque estoy tan irritado  
que me temo que ha de darme  
un tabardillo pintado.

## ESCENA III.

*Doña Pepita y Juana.*

JUANA.

¿Está usted muda? ¿ó que diantre  
le sucede, que me dexa  
que yo responda á su padre,  
como si debiera yo  
con Don Fidel desposarme?  
Estoy tonta: ¡á tal locura  
ni siquiera replicarle!

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¿Que querias tú que hiciera  
en tan apretado trance?

JUANA.

Todo lo que es necesario  
para precaver tan grande  
disparate.

D. PEPITA.

¿Que?

JUANA.

Decirle

que nunca las voluntades  
se llevan unas por otras,  
que quien se casa no es padre,  
sino usted, y que por tanto  
un novio que no le agrade  
á usted, no ha de ser su esposo,  
que pues tanto elogio le hace  
de su Don Fidel, bien puede,

si quiere, con él casarse  
mi amo, sin que impedimento  
le ponga usted por su parte;  
que quiere usted novio á gusto.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Si tiene en las voluntades  
tal dominio un padre siempre,  
que no acerté á replicarle.

JUANA.

Poco á poco: Don Carlitos  
quiere bien; y usted lo sabe.  
Claro: ¿usted le quiere, ó no?

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¡Que extraña pregunta me haces!  
¿No te lo he dicho cien veces?  
¿No te he descubierto ya ántes  
mi pecho otras ciento? ¿No  
conoces mi amor constante?

JUANA.

¿Y que sé yo si la lengua  
mintió, ó si usted á olvidarse  
ha llegado de él?

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¡Yo, Juana!

¿Como tanto agravió me haces?  
¿No te he dicho que le adoro?  
¿No lo has visto? ¿No lo sabes?

JUANA.

¿Con que usted le quiere?

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Mas

que quanto puedo explicarte.



JUANA.

¿Y él le quiere á usted tambien?

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Eso no puede dudarse.

JUANA.

¿Y ustedes ambos anhelan  
porque quanto ántes los casen?D.<sup>a</sup> PEPITA.

Cierto.

JUANA.

¿Y que resuelve usted  
hacer con ese danzante  
de Don Fidel? con entrambos  
no es posible desposarse.D.<sup>a</sup> PEPITA.

Antes quitarme la vida.

JUANA.

El remedio es admirable;  
así se sale de todo,  
y por camino suave:  
no hubiera yo dado en ello...  
Vaya, me llevan mil diantres  
quando oigo tales respuestas.D.<sup>a</sup> PEPITA.¡Que condicion de vinagre  
tienes! ¡Me ves apurada,  
y en tan apretado trance,  
ni te dueles de mi suerte!

JUANA.

¡Dolerme de quien no sabe  
chistar, quando llega el caso,  
y habla despues de matarse,

y dice mil tonterías!

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Si tengo miedo á mi padre.

JUANA.

El amor quiere entereza.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¿Pues qué, no soy yo constante?

¿No toca á Cárlos hacer  
que padre con él me case?

JUANA.

¿Y si su padre de usted  
es un terco sin alcances,  
que se mete en la cabeza  
que usted ha de desposarse  
con Don Fidel, y no cumple  
lo que prometió á su amante,  
qué culpa tiene Don Cárlos?

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¿Como quieres que declare  
que Don Fidel me repugna,  
sin respetar á mi padre,  
y olvide el pudor del sexô,  
para que las gentes hablen,  
y de niña antojadiza  
y desenvuelta me traten?

JUANA.

No quiero tal; no por cierto:  
si usted pretendé casarse  
con Don Fidel ¿quien lo estorva?  
Fuera mucho disparate.  
Es un sugeto de prendas  
Don Fidel, y muy amable.

¡Todo un Don Fidel! no es nada.

¡Un personage tan grave!

Reciba usted, señorita,  
mi parabien del enlace.

¡Quanto lo celebraremos  
todos! y hemos de llevarle  
en palmas; si es mucho cuento.

Buen mozo, de ilustre sangre,  
la cutis muy reluciente,  
orejas como un tomate.

¡Que dicha la de vivir  
con marido tan amable!

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¡Dios mio!

JUANA.

¡Con que alegría  
oírá usted, que la llamen  
la Fidela! ¿no es verdad?

D.<sup>a</sup> PEPITA./

Por Dios, Juana, no me mates  
con tus razones, y dime  
de qué modo he de zafarme  
de este odioso casamiento,  
que haré quanto tú me mandes.

JUANA.

No, señorita, que es justo  
que las hijas á sus padres  
obedezcan, aunque quieran  
que con un ximio se casen.  
¿Y de que se queja usted?  
En breve irá usted muy grave  
con su esposo á Ciempozuelos,

que es su pueblo, y el alcalde  
 vendrá á recibir á ustedes;  
 en pos de él los principales  
 personajes del lugar:  
 el escribano, el sóchantre;  
 el dómine y el barbero  
 darán á ustedes un bayle,  
 donde estarán las señoras  
 con vuelos angelicales.  
 Habrá hipocras, limonada,  
 y barquillos, sin que falte  
 tamboril, gayta gallega,  
 y barberillo que cante  
 las seguidillas boleras.  
 ¡ Con que salero y donaire!

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Tú quieres que yo me muera;  
 por Dios te pido me saques  
 de este ahogo.

JUANA.

Y en poca agua.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Juana, por Dios.

JUANA.

¡ Que me place!

Con eso aprenderá usted  
 á dexar de ser cobarde.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¡ Juana de mi corazon!

JUANA.

Que no.



D.<sup>a</sup> PEPITA.

Si mis ruegos valen  
algo contigo.

JUANA.

Está echado  
el fallo, y ha de casarse  
usted con Don Fidel.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Juana,  
mira como lloro, dame  
consejo.

JUANA.

¿Pues la Fidela  
no es nombre muy apreciable?

D.<sup>a</sup> PEPITA.

En fin, pues mi triste suerte  
no ha conseguido ablandarte,  
yo sé un remedio infalible  
para salir de mis males,  
y mi desesperacion  
muy breve sabrá tomarle.

*D.<sup>a</sup> Pepita se quiere ir, y Juana la detiene.*

JUANA.

Venga aquí usted, señorita.  
Fuerza será me apiade,  
y que me duela su pena.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Mira, Juana, si adelante  
pasa mi padre en su empeño,  
el pesar ha de acabarme.

JUANA.

Con maña se encuentra al cabo

remedio á todos los males;  
ya le buscaremos . . . Pero  
ahí tiene usted á su amante.

## ESCENA IV.

*Don Carlos, Doña Pepita y Juana.*

D. CÁRLOS.

Señorita, una noticia  
me dan ahora en la calle,  
que es ciertamente plausible.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¿Y qual?

D. CÁRLOS.

Que va á desposarse  
Don Fidel con usted.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Eso

lo ha dispuesto así mi padre.

D. CÁRLOS.

¡Su padre de usted!

D.<sup>a</sup> PEPITA.

No quiere

ya que con usted me case,  
y me propone esta boda.

D. CÁRLOS.

¿De veras?

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Y tanto que hace  
para que yo venga en ello  
esfuerzos muy eficaces.

D. CÁRLOS.

¿Y que piensa usted hacer?

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¿Que sé yo?

D. CÁRLOS.

Pues muy buen lance  
hemos echado á fé mia.

¿Con que usted aun no lo sabe?

D.<sup>a</sup> PEPITA.

No.

D. CÁRLOS.

¿No?

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Deme usted consejo.

D. CÁRLOS.

Mi consejo es que se case  
usted con ese hombre al punto.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¿Quiere usted?

D. CÁRLOS.

¿Que duda cabe?

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¿De veras?

D. CÁRLOS.

¿Quien lo pregunta?

¿Pues donde pudiera hallarse  
esposo con tantas prendas?

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Si usted aprueba este enlace,  
yo tambien.

D. CÁRLOS.

Ya me parece

que le aprobaba usted antes.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Celebro infinito, Carlos,  
que sea usted de ese dictamen.

D. CÁRLOS.

Sí, señora, porque veo  
que le es á usted agradable.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Pues yo por dar á usted gusto  
pienso seguirle al instante.

JUANA.

*Retirándose al fondo del teatro.*

Veamos en lo que para.

D. CÁRLOS.

¡Que así una falsa me engañe!  
¡que así me fingiera amor!

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Hablar mas de eso es en valde;  
usted me ha dicho que debo  
con Don Fidel desposarme,  
y yo sigo sus consejos,  
y le declaro que á darle  
la mano al otro estoy pronta.

D. CÁRLOS.

Señorita, no se canse  
usted en dar por disculpa  
que yo lo aconsejo; acabe  
de confesar que estas bodas  
le petan.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Si así le place  
¡usted, lo confesaré.



D. CÁRLOS.

Y que su pecho inconstante  
jamás me quiso de veras.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Aquello que más le agrade  
puede usted pensar.

D. CÁRLOS.

Sí, sí;

mas de un agravio tan grande  
yo me vengaré, y acaso  
por no sufrir tal desaire,  
á otra le daré mi mano,  
que sé que no ha de faltarme  
quien me quiera dar consuelo.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¿En eso que duda cabe?  
el mérito que le adorna  
á usted es tan relevante...

D. CÁRLOS.

Bien sé que valgo muy poco;  
más dexemos eso aparte.

Bien claro lo prueba usted,  
pero sin hacer alarde  
de mis prendas, puede ser  
que halle muger más constante  
que á mi obsequio corresponda.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Y de mí, como mudable,  
se olvidará usted muy breve.

D. CÁRLOS.

O procuraré olvidarme  
á lo menos; quien desecha

amor tan fino y constante  
 merece que su desden  
 con mayor desden se pague.  
 Si no es posible borrar  
 en el corazon su imágen,  
 fuera á lo menos vileza  
 seguir mostrándose amante  
 de quien así corresponde.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Me parece muy loable  
 resolucion tan heroica.

D. CÁRLOS.

Y todos han de alabarme.  
 ¿O quisiera usted acaso  
 que con ánimo cobarde  
 la viera pasar á brazos  
 ajenos, y yo constante,  
 adorando sus desprecios,  
 no pensara en consolarme  
 con dama menos ingrata?

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¿Yo he dicho tal disparate?  
 Lo único que á mí me pesa  
 es que no esté hecho.

D. CÁRLOS.

Al instante  
 lo haré, si usted me lo manda.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Vaya usted; por mí ya es tarde.

D. CÁRLOS.

Voyme, ingrata, que ya es mucha

paciencia á tanto desaire.

*Da un paso ácia la puerta.*

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Bien está.

D. CÁRLOS.

*Volviéndose atras.*

Acuérdese usted  
de los agravios y ultrages  
con que me forzó á dexarla.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Ya.

D. CÁRLOS.

*Volviéndose otra vez atras.*

Exemplo de ser mudable  
me dió usted.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Sí ; yo le he dado.

D. CÁRLOS.

*Á la puerta.*

Será usted servida ; baste.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Eso quiero yo.

D. CÁRLOS.

*Volviéndose atras otra vez.*

En mi vida  
no he de volver á acordarme  
de usted, ni á verla.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Bien hecho.

D. CÁRLOS.

*Volviendo la cara quando va á salir.*  
¿He?

¿Que?

D.<sup>a</sup> PEPITA.

D. CÁRLOS.

Puede que me engañe.

¿Llamaba usted?

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¡Yo! usted sueña.

D. CÁRLOS.

Salgo al fin de estos umbrales  
para siempre, á Dios.

*Se va muy despacio.*

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Abur.

JUANA.

*Á Doña Pepita.*

Parece escena de orates.

¿Pierden ustedes el seso?

Nunca ví dos locos tales.

Yo los dexaba por ver  
en que pararía el lance.

Oiga usted, caballerito.

*Coge á Don Cárlos por un brazo.*

D. CÁRLOS.

*Haciendo que se resiste.*

Haz el favor de soltarme.

JUANA.

Venga usted aquí.

D. CÁRLOS.

No, no;

bien has visto sus desayres.

Estoy resuelto á dexarla.

JUANA.

Poco á poco.



D. CÁRLOS.

No te canses,  
que no he de verla jamas.

JUANA.

¡Por vida!...

D.<sup>a</sup> PEPITA.

No quiere hablarme:  
yo me iré.

*Dexando á D. Carlos, y corriendo tras  
de Doña Pepita.*

JUANA.

¿Donde va usted?

Esta es otra.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Suelta.

JUANA.

Dale.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

No pienses en detenerme.

D. CÁRLOS.

Ya veo yo que es en valde *ap.*  
estarme aquí, que mi vista  
la incomoda, y evitarle  
quiero conirme su pena.

JUANA.

*Dexando á Doña Pepita, y corriendo tras  
de D. Carlos.*

Ya escampa: es cosa del diantre.

¡Otra vez! ¿Quieren ustedes  
venir aquí? ¡Voto á sanes!

*Coge á D. Carlos y á Doña Pepita, y los trae por  
la mano.*

D. CÁRLOS.

*Á Juana.*

¿Que intentas?

D.<sup>a</sup> PEPITA.*Á Juana.*

¿Que es lo que quieres?

JUANA.

Lo primero hacer las paces,  
y despues encontrar medio  
para salir de este trance.

¿Está usted en su juicio?

*Á D. Cárlos.*

D. CÁRLOS.

¿Pues no has visto sus desaires?

JUANA.

*Á Doña Pepita.*

¿Si usted no ha perdido el seso,  
á qué ha venido enfadarse?

D.<sup>a</sup> PEPITA.

¿No has visto con que insolencia  
me ha tratado?

JUANA.

Necedades

de entrambos... Ella no quiere,

*Á D. Cárlos.*

ni nunca querrá otro amante.

Yo lo juro en mi conciencia...

Don Cárlos no obsequia á nadie

*Á Doña Pepita.*

sino á su Pepita, á nada  
tanto anhela, como á darle  
la mano; yo así lo fio.

D.<sup>a</sup> PEPITA.*A Juana.*¿Á que viene aconsejarme  
que me despose con otro?

D. CÁRLOS.

*A Juana.*¿Y en un caso semejante,  
por qué ella me lo pregunta?

JUANA.

Locura por ambas partes.

Vaya; déense ambos las manos.

Traiga usted, sin replicarme.

*A D. Cárlos.*

D. CÁRLOS.

*Alargando la mano á Juana.*

¿Para que quíeres mi mano?

JUANA.

*A Doña Pepita.*

La de usted.

D.<sup>a</sup> PEPITA.*Alargando tambien la suya.*

Si eso no vale

nada.

JUANA.

Vamos aquí entrambos:  
si todavía no saben

ustedes quanto se quieren.

*Doña Pepita y Don Cárlos están un poco de tiempo  
agarrados de las manos, sin mirarse uno á otro.*

D. CÁRLOS.

*Volviéndose á Doña Pepita.*

¿Que, no quiere usted mirarme?

¿Aun no se acabó el enfado?

*Doña Pepita se vuelve á mirar á Don Carlos,  
sonriéndose,*

JUANA.

¡Que locos son los amantes!

D. CÁRLOS.

*A Doña Pepita.*

¿Pero no tengo motivos,  
diga usted, para quejar-me  
amargamente? ¿que sea  
usted tan mala! ¿Un desaire  
tan cruel!

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Eso es; yo soy  
la culpada en este lance.  
¡Ingrato!

JUANA.

Para otro tiempo  
dexemos esos debates,  
y tratemos de evitar  
este aborrecido enlace.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Dínos lo que hemos de hacer.

JUANA.

No hay para que atosigarse;  
remedio habrá para todo.  
Mi amo no sabe lo que hace.

*A Doña Pepita.*

No puede ser lo que intenta.

*A D. Carlos.*

Usted haga por llevarle

*A Doña Pepita.*



la corriente, aparentando  
 que está pronta á desposarse  
 con su Don Fidel, porque  
 de ese modo no se escame,  
 y acelere el matrimonio;  
 que como éste se dilate,  
 ya encontraremos salida.  
 Ya dice usted á su padre,  
 que se le anda la cabeza,  
 que la jaqueca le parte  
 las sienes: luego otro día  
 hace porque se derrame  
 la sal en la mesa, y grita:  
 ¡que agüero tan deplorable!  
 Ora sueña que en un pozo  
 de colodrillo se cae.  
 Por fin lo mejor del cuento  
 es que para desposarse  
 ha de decir usted: *sí*,  
 y como puede en el lance  
 decir: *no*, sin mas trabajo,  
 no hay á fe por que asustarse.  
 Lo que importa es que no vean  
 juntos á los dos amantes  
 por ahora... Salga usted,

*A D. Carlos.*

señor galan, al instante,  
 y vea á todos sus amigos,  
 que de sus promesas hablen  
 á mi amo, y que le convenzan  
 con razones eficaces.

Usted, señorita, al punto,

*A Doña Pepita.*

procure al tío empeñarle,  
y también á su madrastra,  
que la quiere como madre.

D. CÁRLOS.

*A Doña Pepita.*

Mas del amor de usted fio,  
mi Pepita, que de nadie.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

*A D. Carlos.*

Yo no sé qual ha de ser  
la voluntad de mi padre;  
mas á escoger otro dueño  
sé que no podrá forzarme.

D. CÁRLOS.

¡Que dulce es esa promesa  
á mi corazon amante!

JUANA.

No se hartarán de charlar,  
aunque estén eternidades.  
Fuera, digo.

D. CÁRLOS.

*Volviéndose atras.*

En fin.

JUANA.

¡Habrà

palique toda la tarde?

*Juana los empuja por las espaldas, á cada uno por  
distinta parte, y los fuerza á que se separen.*

Vaya usted por esa puerta,  
y usted por estotra parte.

## ACTO TERCERO.

## ESCENA PRIMERA.

*D. Alexandro y Juana.*

D. ALEXANDRO.

Pártame un rayo del cielo;  
 pase yo plaza de indigno,  
 de soez y de cobarde,  
 sino hiciere un desatino  
 con ese infame echacantos.

JUANA.

Conténgase usted, por Cristo;  
 hasta aquí quanto tememos  
 aun no ha pasado del dicho,  
 y para llegar al hecho  
 mucho falta..

D. ALEXANDRO.

¡Vil mendigo!

No tengas recelo, Juana.

Yo le cortaré los brios.

JUANA.

Gaste usted, por Dios, cachaza;  
 que nunca por ser tan vivo  
 le queda títere á vida;  
 ya sabe usted el abínco  
 con que su madrastra anhela,  
 á casar á Don Carlitos  
 con Pepita, y que los ama,  
 mas que si fueran sus hijos,

á ustedes , que aunque muchacha,  
y hermosa tiene juicio.

Don Fidel se muestra siempre  
con mi señora muy fino ,  
y hace quanto ella le manda ;  
yo , sospecho , señorito ,  
que está enamorado de ella ,  
que fuera lance muy digno  
de contar : ello es que intenta  
rogarle que del designio  
de dar la mano á Pepita  
se desista , y que me ha dicho  
que le cite en esta sala ;  
yo me temo que el maldito  
salga con una pamema.

Todavía no he podido  
verle , que dice el criado  
que con pecho muy contrito  
está en oracion mental ,  
y interrumpir exercicio  
tan santo , fuera una accion  
propia de Lucifer mismo.

Yo he dicho que le esperaba  
aquí ; con que , señorito ,  
marcharse y dexarme sola.

D. ALEXANDRO,

No me muevo de este sitio ;  
que he de oir lo que responde.

JUANA.

Vamos ; no sea usted niño ,  
que conviene que estén solos.



D. ALEXANDRO.

No chistaré.

JUANA.

Si es delirio ,  
y no puede contenerse  
usted ; salgase , le digo.

D. ALEXANDRO.

Ya verás que no me enfado.

JUANA.

¡Jestis; que ya viene! Vivo.  
Escóndase usted ahí.

*Don Alexandro se va á esconder á un gabinete ,  
que hay en el fondo del teatro.*

## ESCENA II.

Don Fidel y Juana.

D. FIDEL.

*Hablando en voz alta á su criado, que está dentro,  
así que ve á Juana.*

Lorenzo , guarda el cilicio  
con las disciplinas , si alguien  
me busca , voy ahora mismo  
á visitar á los presos ,  
y dar á estos pobrecitos  
lo que á mí me han entregado  
devotos caritativos.

JUANA.

Baladron de santidad.

ap.

D. FIDEL.

Segun Lorenzo me dixo

me llamaba usted : ¿que quiere?

JUANA.

Solo decirle....

D. FIDEL.

*Sacando un pañuelo del bolsillo,  
y tirándosele.*

¡Dios mio!

Coja usted ese pañuelo  
antes de hablar mas.

JUANA.

No atino  
para qué.

D. FIDEL.

Cubra ese pecho.

¡Jesus! yo me escandalizo  
de verla tan inmodesta.

Ese trage ya le he dicho  
que es ocasion de pecado.

JUANA.

Pues, por Jesu Cristo vivo,  
que poco trabajo cuesta  
al espíritu maligno  
para hacer á usted pecar.  
No es mala ocurrencia; y digo,  
aunque esté usted como estaba  
Adan en el paraíso,  
quiero, si me tienta el diablo,  
caerme muerta aquí mismo.

D. FIDEL.

Hable usted con mas modestia,  
ó me irá.

JUANA.

No, que yo digo  
mi recado en dos palabras :  
mi ama quiere en este sitio  
hablar con usted un rato.

D. FIDEL.

¡Ay ; con el alma!

JUANA.

Está visto. *ap.*

Ciertos son los toros ; vamos.

D. FIDEL.

¿Viene luego?

JUANA.

Ahora mismo.

Mas ya está aquí ; yo me voy.

### ESCENA III.

*Doña Elvira y Don Fidel.*

D. FIDEL.

Señora ; el cielo propicio  
salud espiritual

y corporal, como pido

á Dios en mis oraciones,

aunque pecador indigno,

á usted dé, y de bienes colme  
tan preciosa vida.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Estimo

los buenos deseos de usted,  
que me prueban su cariño.

Sentémonos y estaremos  
mejor.

D. FIDEL.

*Sentado:*

¿Quedan aun vestigios  
del mal de usted?

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

*Sentada.*

No señor.

Como si no hubiera sido  
nada estoy.

D. FIDEL.

Mis oraciones  
sin duda nada han podido  
con Dios, pero en todas ellas  
le pedia con ahínco  
el alivio de usted.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Debo

á usted afecto muy fino.

D. FIDEL.

Una salud tan preciosa  
merece ser de continuo  
el blanco de mis cuidados;  
y yo por su pronto alivio  
hubiera dado la mía.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Cierto, usted es un prodigio  
de la caridad cristiana.

D. FIDEL.

Si con los méritos mido  
mi zelo, me quedo corto.



D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Yo he venido con designio  
de hablar á usted de un asunto  
á solas.

D. FIDEL.

Mucho ha que aspiro  
á esa dicha yo tambien.  
¡Oh quanto al cielo he pedido  
que me deparára el caso  
de ver á usted sin testigos,  
y hasta aquí no lo he logrado!

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Lo que yo de usted exijo  
es que me hable sin rebozo.

*Don Alexandro sin salir entreabre la puerta del retrete,  
en que está escondido, para oir lo que dicen.*

D. FIDEL.

Y yo á nada tanto aspiro,  
como á descubrir á usted  
todo entero el pecho mio,  
y asegurarle no crea  
que, si enojado me ha visto  
gritar contra sus visitas,  
me guia ningun motivo  
de odio, que ántes es efecto  
del mas sincero cariño,  
del fervor mas acendrado.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Tambien yo así lo imagino;  
zelo de mi salvacion.

D. FIDEL.

*Cogiendo la mano á Doña Elvira,  
y apretándole los dedos.*

Si señora, y tan activo....

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Suelte usted, que me lastima.

D. FIDEL.

Fué por fervor excesivo,  
que no es mi ánimo hacer mal  
á usted, y hubiera querido  
mas ántes....

*Pone la mano en las rodillas de D.<sup>a</sup> Elvira.*

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Fuera la mano.

D. FIDEL.

¡Que texido este tan fino!

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Déxeme usted, porque tengo  
muchas cosquillas.

*Doña Elvira desvia la silla, y D. Fidel  
acercas la suya.*

D. FIDEL.

*Andando con el pañuelo de Doña Elvira.*

¡Muy lindo

punto! ¡Si trabajan hoy  
de un modo tan exquisito!

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Verdad es; pero tratemos  
de nuestro asunto; Simplicio  
quiere casar á Pepita  
con usted, segun me han dicho,

ira,  
y faltar á su palabra...  
¿es cierto?

D. FIDEL.

Sí ; algo me dixo  
ayer Don Simplicio , pero  
la ventura á que yo aspiro  
no es esa , que en otra parte  
respiran los atractivos  
de la celestial belleza ,  
de quien soy el siervo indigno.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Elvira.  
Bien sé que usted solo anhela  
á servir á Dios.

D. FIDEL.

No abrigo  
un corazon en mi pecho,  
señora , de marmol frio.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Fidel.  
Ya ; pero está de las cosas  
de este mundo desprendido.

D. FIDEL.

Elvira.  
No , señora ; los afectos  
mas fervorosos y pios  
no apagan los terrenales ,  
que agrada á Dios ser querido ,  
y alabado en las hechuras  
perfectas que su mano hizo ,  
como las que se parecen  
á usted ; pero su divino  
pincel luce en ese rostro ,  
donde Dios ostentar quiso  
todo su poder , formando

el dechado mas cumplido  
 de celestial hermosura,  
 y confieso que no he visto  
 tanta perfeccion sin dar  
 gracias al autor divino  
 de la belleza, y sentir  
 en mi pecho el fuego activo  
 de amor, que en ese semblante,  
 Elvira, un trasunto miro,  
 de la angélica hermosura.  
 Yo me recelé al principio  
 que era mi amor tentacion  
 del espíritu maligno,  
 y de huir de la presencia  
 de usted propósito fixo  
 en mi corazon formé;  
 mas meditándolo, he visto  
 que sin caer en pecado  
 puedo amar ese divino  
 conjunto de perfecciones,  
 que no puede haber delito  
 donde el escándalo falta:  
 en esto, señora, fio  
 sea de mi corazon  
 á usted grato el sacrificio:  
 bien sé que es mucha osadía  
 que sugeto tan indigno  
 presume hacer tal ofrenda;  
 pero no obstante, confio  
 que, aunque mis merecimientos  
 á la corona que aspiro  
 no puedan ser acreedores,



suplirá usted con benigno  
pecho lo mucho que falta  
á su siervo, que el destino  
suyo en manos de usted dexa.  
De su soberano arbitrio  
pende mi infierno ó mi gloria,  
segun severo ó propicio  
el fallo fuere que aguardo.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Confieso que me ha cogido  
de nuevas ese discurso:  
él es cierto que es muy fino,  
pero me parece extraño,  
y en verdad que no concibo  
que un devoto como usted  
en tal yerro haya incurrido.  
¿Que dirá el mundo, si entiende  
semejante desvarío?

D. FIDEL.

Aunque devoto, soy hombre,  
y como tal no resisto  
á esa celestial belleza,  
ni pienso, ni raciocino,  
quando extático contemplo  
tanta beldad. No me admiro  
que condene usted mi amor;  
mas si cometo un delito,  
obro, hermosísima Elvira,  
sin libertad ni alvedrío,  
porque todo le rendí  
así que ví tanto hechizo,  
y la dulzura inefable

de esos ojos peregrinos  
 dió con mi flaqueza en tierra:  
 llantos, ayunos, cilicios,  
 todo fué en valde; mil veces  
 mis miradas, mis suspiros,  
 ántes ya han dicho, señora,  
 lo que con la boca digo  
 en esta ocasion; si usted  
 quiere con pecho benigno  
 dar á las tribulaciones  
 de su indigno esclavo alivio,  
 y abaxar hasta mi nada  
 sus gracias desde el impireo  
 de su divina hermosura,  
 juro que no habrá tenido  
 mas fervoroso devoto.  
 La honra no corre peligro  
 conmigo, ni hay que temer  
 que yo quebrante el sigilo,  
 como hacen mil pisaverdes,  
 que apenas han conseguido  
 los favores de una dama  
 quando vuelan á decirlo,  
 á todos quantos encuentran,  
 profanando los impíos  
 torpemente aquellas aras  
 donde ofrecen sacrificios.  
 Los devotos, como yo,  
 con mas cautela vivimos,  
 y los secretos de amor  
 jamas á nadie decimos,  
 porque nuestra buena fama

en que no sean sabidos  
estriva; y así, señora,  
quien á nuestro afecto fino  
corresponde está segura  
de hallar gustos sin peligros,  
y sin escándalo amor.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Todo eso está muy bien dicho;  
habla usted con eloqüencia;  
pero si yo se lo digo  
á mi marido; no teme  
que se le entibie el cariño  
de hermano que le profesa?

D. FIDEL.

Yo sé que el pecho benigno  
de usted sabrá perdonar  
discursos que, aunque atrevidos,  
son hijos del ciego amor  
que en mi corazón abrigo.  
No soy ángel, y hombre flaco,  
quando esa belleza miro  
conozco que soy de carne.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Otras metieran ruido;  
yo no pienso así; mi esposo  
no sabrá lo que se ha dicho  
aquí, pero en pago de ello  
de usted una cosa exijo,  
y es que se empeñe con fuerza  
para que una mi marido  
á Pepita con Don Carlos,

y no exerza usted dominio  
en prenda que ya es agena.

# ESCENA IV.

*Doña Elvira , D. Alexandro y D. Fidel.*

D. ALEXANDRO.

*Saliendo del retrete donde estaba es-*  
*condido.*

No , señora , he de decirlo  
todo ; desde ese retrete ,  
adonde estaba escondido ,  
he escuchado las infamias ,  
las traiciones de ese iníquo.  
El cielo para vengarme  
que aquí me escondiera quiso ,  
y para que sus maldades  
tuviesen justo castigo.  
En fin , mi padre sabrá  
quien es ese vil indigno  
que se atreve á requebrar  
á su muger.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

No , querido ;  
Basta con que tenga cuenta  
en adelante consigo ,  
y merezca su perdon ;  
por mi amor te lo suplico ,  
no digas nada á tu padre :  
de tan necios desvaríos  
hace burla una muger ,



y no lleva á su marido  
cuentecillos de esta especie.

D. ALEXANDRO.

Usted tiene sus principios,  
y yo los míos; no quiero  
que se queden sin castigo  
de este hipocriton infame  
los pensamientos lascivos.

Harto tiempo ha que el perverso  
nos tiene á todos en vilo,  
y que obedece mi padre  
sus antojos y caprichos,  
que se opone á que mi hermana  
se despose con mi amigo,  
y yo con la suya; en fin,  
el cielo sin duda quiso  
depararme esta ocasion  
de descubrir los designios  
de su corazon dañado,  
y pues el cielo propicio  
me la ofrece, mal haría  
en desperdiciarla.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Digo,

Alexandro, que...

D. ALEXANDRO.

Es en valde:

de alegría no respiro.  
Gustaré de la venganza  
el placer tan exquisito.  
A decírselo á mi padre  
vuelo en este instante mismo:

pero aquí viene; el bribon  
va á llevar su merecido.

## ESCENA V.

*D. Simplicio, Doña Elvira, D. Alexandro  
y D. Fidel.*

D. ALEXANDRO.

Me alegro que llegue usted  
tan á tiempo; su cariño,  
cierto, se le paga bien  
el señor: de fiel amigo  
cumple las obligaciones  
como quien es; aquí mismo  
ha intentado deshonrar  
á usted; yo propio testigo  
he sido de los requiebros  
que á mi madrastra le ha dicho,  
declarándole su amor.  
Ella habia prometido  
callar, como es tan prudente;  
pero yo que soy mas vivo  
quiero que usted sepa el pago  
de todos los beneficios  
que está haciendo á su beato.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Cierto es que no hubiera dicho  
este secreto á mi esposo:  
si tú me hubieras creído,  
Alexandro, nunca habria  
llegado hasta sus oídos

tan desagradable escena;  
muger que tiene principios  
de honra calla y se defiende.

# ESCENA VI.

*D. Simplicio, D. Alexandro y D. Fidel.*

D. SIMPLICIO,

¿Un proceder tan iníquo  
es creible? ¡Cielo santo!

D. FIDEL.

Sí, hermano, soy un indigno  
pecador, todo abrumado  
de iniquidad y de vicios;  
soy el hombre mas perverso,  
mas villano de este siglo:  
mi vida es una sentina  
de maldades y delitos,  
y al fin quiere darme el cielo  
el merecido castigo,  
y por mas grave que sea  
esta acusacion, es fixo  
que no iguala á los pecados  
que yo tengo cometidos.  
Crea usted lo que le dicen,  
hermano: como un indigno  
arrójeme de su casa;  
sin quejarme me resigno  
á quantos baldones quiera,  
que mas tengo merecido.

D. SIMPLICIO.

*A su hijo.*

Pícaro; ¡y con tus mentiras  
querias de este bendito  
manchar la reputacion!

D. ALEXANDRO.

¿Que, quiere usted desmentirnos  
porque con falsa humildad?...

D. SIMPLICIO.

Calla, Lucifer maldito.

D. FIDEL.

Déxele usted que hable, hermano,  
y crea quanto le ha dicho;  
¿pues por qué á quanto me imputa  
no quiere usted dar oídos?  
¿No soy yo acaso capaz  
de mas atroces delitos?  
Mi exterior es el de un santo;  
¿pero todo quanto digo  
no puede ser fingimiento?  
No le engañen, hermanito,  
las mentidas apariencias;  
todos viven persuadidos  
á que yo soy un dechado  
de virtudes, un bendito;  
pluguiera á Dios fuese cierto;  
soy un pecador iníquo.

*Hablando con Don Alexandro.*

Mejor me conoce usted:  
tráteme usted, hijo mio,  
de infame, aleve, villano,  
de impostor y de asesino,



bien merezco estos baldones,  
y en nada los contradigo;  
de rodillas los escucho,  
como castigo debido  
á mis enormes pecados.

D. SIMPLICIO.

*A Don Fidel.*

Por Dios, basta, hermano mio.  
¡Pícaro, y no te arrepientes!

*A su hijo.*

D. ALEXANDRO.

¿Pues á usted le han seducido? ...

D. SIMPLICIO.

Calla, lengua del demonio ...  
Hermano, mi único amigo,

*A Don Fidel.*

levántese usted ... ¡Infame!

D. ALEXANDRO.

¿Como?

D. SIMPLICIO.

Que calles te he dicho.

D. ALEXANDRO.

No puedo aguantar. ¿Que; usted?...

D. SIMPLICIO.

Si me chistas, voto á Cristo,  
te rompa brazos y piernas.

D. FIDEL.

Hermano, por Dios lo pido,  
no se altere usted: primero  
sufriré el mayor castigo  
que consentir que le toque.

D. SIMPLICIO.

*Á su hijo.*

¡Ingrato!

D. FIDEL.

Se lo suplico ,  
 si es menester, de rodillas.  
 Perdone , por Dios, á su hijo.

D. SIMPLICIO.

*Poniéndose tambien de rodillas y abrazando  
 á Don Fidel.*

¡Ay! quanta bondad, hermano ...

¿Lo ves, lo ves? dí, maldito.

*Á su hijo.*

D. ALEXANDRO.

¿Con que?...

D. SIMPLICIO.

Silencio.

D. ALEXANDRO.

¿Que?...

D. SIMPLICIO.

Calla ;

¿piensas que no sé el motivo  
 de tus enredos? Bien veo  
 que todos á este bendito  
 tienen aborrecimiento  
 en casa ; criados, hijos  
 y muger, y andan fraguando  
 mil embustes mal zurcidos ,  
 para que yo le despida ;  
 no lo lograreis , os digo ;  
 quanto mas os empeñais  
 en echarle, mas me obstino

yo en que se esté en casa ; á fin  
que no os quede mas arbitrio ,  
y que rabie mi familia  
quiero que este dia mismo  
Pepita le dé su mano.

D. ALEXANDRO.

¡Forzarla á que por marido  
le admita!

D. SIMPLICIO.

¡Pues no, bribon!

Y esta noche, lo repito ,  
se ha de hacer el matrimonio.  
Ya veremos si os obligo  
á que me obedezcais todos.  
Vamos , ven aquí, mal hijo,  
pide perdon al Señor  
de los embustes que has dicho.

D. ALEXANDRO.

¡Á ese infame mogigato !  
¿Está usted en su juicio!

D. SIMPLICIO.

¡Aun le dices picardías!

Un palo . . . Por Jesu Cristo

Á Don Fidel.

déxeme usted que le mate . . .

Véte de mi casa, digo ,

Á su hijo.

y no me entres mas en ella.

D. ALEXANDRO.

Voyme, pero yo le fio  
al ladron . . .

D. SIMPLICIO.

Salte al instante,  
bribonazo ; yo te privo  
de mi vista, y de mi herencia,  
y amen de eso te maldigo.

## ESCENA VII.

*Don Simplicio y Don Fidel.*

D. SIMPLICIO.

¡Á un santo agraviarle así!

D. FIDEL.

Perdonadle vos, Dios mio,  
como yo le he perdonado...

*Á Don Simplicio.*

No sabe usted lo afligido  
que estoy de que me calumnien  
con mi querido hermanito.

D. SIMPLICIO.

¡Ay Dios!

D. FIDEL.

De pensarlo solo  
siento en mí un dolor tan vivo,  
que se me salta del pecho  
el corazon. ¡Que suplicio!  
La pesadumbre me quita  
el aliento y el sentido.  
Me muero, hermano, me muero.

D. SIMPLICIO.

*Echa á correr llorando ácia la puerta por donde  
ha echado á su hijo.*

Por el santo mas bendito



te juro, bribon, que siento  
haberte dexado vivo . . .  
consuélese usted, hermano;  
*A Don Fidel.*  
y no se altere.

D. FIDEL.

Está visto;

es necesario acabar  
de una vez con los continuos  
disturbios que en la familia  
causo, y por tanto le pido  
á usted, hermano, permita  
que me vaya.

D. SIMPLICIO.

¡Que delirio!

¡Írse usted!

D. FIDEL.

Si me aborrecen,  
y me achacan mil delitos.

D. SIMPLICIO.

¿Les doy yo crédito acaso?

D. FIDEL.

Me supondrán mil designios  
perversos, y sabe Dios  
si á fuerza de repetirlos  
lograrán que usted los crea.

D. SIMPLICIO.

Nunca, nunca, hermano mio.

D. FIDEL.

Una muger tiene tanta  
influencia en su marido,  
que al fin hace quanto quiere.

D. SIMPLICIO.

No, no.

D. FIDEL.

Con irme les quito  
la ocasion de calumniarme.

D. SIMPLICIO.

Mi hermano, mi dulce amigo;  
no puedo vivir ni un punto  
sin usted.

D. FIDEL.

Pues si es preciso  
yo me mortificaré;  
no obstante, hermano, suplico  
si puede ser.

D. SIMPLICIO.

¡Ha!

D. FIDEL.

No se hable  
mas del caso: lo que exijo  
es que me permita usted  
huir de su esposa; sí, amigo,  
la honra es cosa delicada;  
¡el mundo forma juicios  
tan errados!...

D. SIMPLICIO.

No, señor,  
es solemne desatino;  
quiero que esté usted con ella  
siempre; el mayor gusto mio  
es que rabie, que murmure  
la gente, porque no estimo  
ni un ardite, el que dirán,

tratándose de un amigo  
como usted , y en prueba de ello  
mi sucesion determino  
dexarle , haciéndote entera  
donacion ahora mismo  
de mis bienes, que tal yerno  
vale mas que muger, hijos  
y parientes ; ¿ no la acepta  
usted, hermano querido?

D. FIDEL.

Dios mio, tu voluntad  
cúmplase en tu siervo indigno.

D. SIMPLICIO.

Pues á otorgar la escritura  
sin dilacion, hermanito,  
y mas que luego la envidia  
aseste todos sus tiros.

## ACTO IV.

### ESCENA PRIMERA.

*Don Pablo y Don Fidel.*

D. PABLO.

Todo el mundo lo murmura,  
sí; bien puede usted creermé ;  
todos dicen que su padre  
anduvo muy imprudente,  
y culpan á usted tambien,  
y á fe que celebro haberle  
encontrado, por decirle

á usted en razones breves  
 mi sentir. Yo no averiguo  
 si lo que dice la gente  
 es la verdad, y supongo,  
 contra lo que todos creen,  
 que mi sobrino mintió,  
 y que usted está inocente.  
 Usted que es tan buen cristiano  
 perdonar su agravio debe,  
 y no consentir que un padre  
 al hijo de su casa eche:  
 es general el escándalo,  
 y le digo francamente  
 á usted que reconciliarle  
 con su padre le conviene,  
 y que el asunto no pase  
 adelante: Dios no quiere  
 la muerte del pecador:  
 quien no perdona le ofende.

D. FIDEL.

¡Ay, Señor! yo le perdono  
 mi agravio, sin que me quede  
 ningún rencor en el pecho;  
 si puedo servirle, cuente  
 con quanto yo tengo y valgo,  
 en lo que favorecerle  
 sin pecar sea posible;  
 mas si él á esta casa vuelve,  
 es necesario que yo  
 sin mas dilacion la dexe.  
 Despues de su infame accion,  
 ¿que no dirian las gentes,



y qué escándalo sería  
 si junto con él viviese?  
 Pensarian , con razon ,  
 que de un hecho tan aleve  
 soy culpado , y que temiendo  
 que consiga convencerme  
 Don Alexandro he tomado  
 la resolucion prudente  
 de olvidar todo , fingiendo  
 que la caridad me mueve ,  
 porque él oculte mis yerros.

D. PABLO.

Son razones aparentes ,  
 que no pueden persuadirme :  
 deslindar los intereses  
 de Dios á usted no le toca ;  
 si mi sobrino le ofende ,  
 de Dios le vendrá el castigo ,  
 que no quiere que le venguen  
 hombres flacos ; que perdonen  
 sus injurias , eso quiere .  
 ¿Y que importa lo que diga  
 el mundo ? nuestros deberes  
 Dios solo es quien los prescribe .  
 ¿No mandan sus santas leyes  
 el perdon de los agravios ?  
 ¿Pues luego , qué á cuento viene  
 quando cumplimos con Dios ,  
 lo que pensaren las gentes ?

D. FIDEL.

Ya he dicho que le perdono ,  
 sin que ningun rencor quede

en mi pecho: así de Dios  
el precepto se obedece,  
¿pero despues de la afrenta  
que hoy mismo acaba de hacerme,  
manda Dios que viva yo  
con ese niño?

D. PABLO.

¿Y que acepte  
usted quiere Dios, acaso,  
lo que no le pertenece?  
Porque mi hermano es un tonto,  
y le dá lo que no tiene  
facultades para dar,  
¿usted admitirlo debe?

D. FIDEL.

Aquellos que me conozcan  
sabrán que todos los bienes  
del mundo no me hacen mella;  
y que su brillo aparente  
no deslumbra mis sentidos;  
si mi ánimo se resuelve  
á admitir la donacion  
que mi hermano quiso hacerme,  
es por evitar pecados  
infalibles, si cayese  
su herencia en manos perversas.  
¡Quantos, Dios mio, te ofenden  
con el caudal que les das!  
Yo me serviré de él siempre  
para provecho del próximo,  
y honra del omnipotente.

D. PABLO.

Pierda usted esos recelos,  
 que tanto en su pecho pueden,  
 que al legítimo heredero  
 lo que Dios le dá pretende  
 quitarle, y de su caudal  
 que goce con paz le dexe.  
 ¿No vé usted que vale mas  
 que él malgaste sus haberes,  
 sin que usted quiera usurparle  
 lo que le han dado las leyes?  
 Ni sé como tal propuesta  
 pudo escucharla quien tiene  
 renombre de timorato.  
 ¿Que regla de piedad puede  
 legitimar la codicia  
 de quien sin pudor intente  
 privar de la sucesion  
 á un hijo? Y demos que hubiese  
 antipatía tan grande  
 entre los dos, que no fuere  
 posible que viva usted  
 con mi sobrino: ¿es prudente  
 que salga el hijo de casa,  
 y el extraño en ella quede?  
 Si usted quiere que le tengan  
 por justo, marcharse debe  
 al punto . . .

D. FIDEL.

Son ya las quatro,  
 y no puedo detenerme,  
 porque no he rezado aun

el miserere, y es viernes.  
Perdone usted, si le dexo.

D. PABLO.

Ola . . . ¡Hipocriton solemne!  
*Quedándose solo.*

## ESCENA II.

*Doña Elvira, Doña Pepita, Don Pablo  
y Juana.*

JUANA.

*A Don Pablo.*

Hable usted en su favor;  
la pobre está de tal suerte  
que dá lástima mirarla;  
sin remediò se nos muere,  
si la violenta su padre,  
como resuelto lo tiene,  
á dar la mano al beato  
esta noche: vea si puede  
convencerle con razones.  
Pero Don Simplicio viene.

## ESCENA III.

*D. Simplicio, Doña Elvira, Doña Pepita,  
Don Pablo y Juana.*

D. SIMPLICIO.

Señores, me alegro mucho  
de hallarlos juntos á ustedes . . .

*A Doña Pepita.*



tú, para que te diviertas,  
ahí tienes esos papeles;  
ya sabes su contenido.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

*De rodillas á los pies de su padre.*

Por el Dios omnipotente  
que vé mi tormento, padre,  
y por todo quanto puede  
mover á usted á piedad  
le ruego que no se empeñe  
en concluir estas bodas:  
padre, señor, no me fuerce  
usted á que de la vida  
que le he debido deteste;  
no exija usted obediencia  
tan costosa, si no quiere  
que su hija desventurada  
siempre por morir anhele.  
Si me veda usted que sea  
de aquel que mi amor merece,  
y que ántes me prometió;  
¡ay, padre! no me violente  
dándome á quien aborrezco:  
no á su hija así desespere,  
pretendiendo que obedezca  
á tan tiránicas leyes.  
De rodillas se lo ruego.

D. SIMPLICIO.

*Conociendo que se va á enternecer.*

¡Corazon, tú te enterneces!  
Fuera la flaqueza humana.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Amado padre, no piense usted que envidio los dones que hace á Don Fidel, bien puede darle todas sus riquezas, y añadir á ellas mis bienes, que con gusto se los cedo; mas no quiera usted hacerle dueño tambien de mí propia; permítame que me encierre en un convento, y consagre al cielo con penitente corazon mi amarga vida.

D. SIMPLICIO.

¿Que tal? Como no las dexen casarse con sus galanes, dicen que quieren meterse monjas. ¡Buena vocacion! Levanta. Si te parece repugnante este marido, ese mas mérito adquieres, que mortificas tu cuerpo, y tu casamiento ofreces en desquite de tus culpas á Dios; vamos, no me quiebres la cabeza con tus llores.

JUANA.

¿Que, señor?...

D. SIMPLICIO.

Tú has de meterte en tu costura, y no mas.

D. PABLO.

Si á los consejos atiendes  
de la razon ...

D. SIMPLICIO.

Tus consejos,  
hermano, son muy prudentes,  
muy sábios, muy acertados;  
pero aquí no se te quieren.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.*A Don Simplicio.*

Viendo lo que está pasando  
no sé como hablar acierte.

Es preciso que estés ciego,  
pues lance tan evidente,  
como el que pasó conmigo,  
te empeñas en no creerle,  
aunque te lo afirman todos.

D. SIMPLICIO.

¡Oh! no me engañan ustedes;  
¿piensas tú que no adivino  
el caso? Si tú andas siempre  
por complacer á mi hijito,  
y porque yo no riñese  
con él, ya se vé, apoyaste  
sus embolismos soeces  
contra aquel siervo de Dios.  
¡Para quien crea en mugeres!  
Además de que no estabas  
alterada, y en tan fuerte  
lance te irritaras.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Yo,

porque un hombre me requiebre,  
ni me solicite, nunca  
me enoja; sé defenderme,  
y sin decir insolencias  
jamás nadie se me atreve.

Una risa, una ironía  
al más osado contiene  
mejor que gritos y enfados.  
No soy yo de las mugeres  
que, como si fueran tigres,  
esgrimen garras y dientes  
en defensa de su honor,  
y que envisten con la gente,  
si se oyen llamar bonitas:  
no; y el cielo me preserve  
de una virtud tan arisca;  
mi recato es de otra especie;  
urbanidad, complacencia,  
frialdad, y todos pierden  
conmigo las esperanzas,  
así que me hablan tres veces.

D. SIMPLICIO.

Por fin yo sé la verdad.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

¿Hay tal capricho! ¿Y si vieses  
la cosa, que me dirías?  
¿Te estarías en tus trece?  
Mira que no es imposible.

D. SIMPLICIO.

¿El verlo?

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

¿Que duda tiene?



D. SIMPLICIO.

Habladurías.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Apuesto

que, como en ello me empeñe,  
lo ves con tus propios ojos.

D. SIMPLICIO.

Paparrucha.

D.<sup>a</sup> ELVIRA,

Es cosa fuerte;

si no digo que nos creas;  
pero, responde, ¿si en este  
sitio te hacemos su infamia  
tocar y ver claramente,  
quedarás desengañado?

D. SIMPLICIO.

Entónces... ¿Pero á que viene  
decir cosas imposibles?

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Ya ha mucho que me desmientes,  
y sacarte de tu error  
debo, para que no pienses  
que yo he dado testimonio  
falso contra el inocente.  
Tú vas á ver la verdad.

D. SIMPLICIO.

¡Que me place! Sea breve;  
ya veremos como sales  
del pantano en que te metes.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Á Juana,

Dile que venga.

JUANA.

*A Doña Elvira.*

Es muy diestro;  
y en las redes que le tienden  
temo que no ha de caer.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.*A Juana.*

Sí, que la que bien se quiere  
en los lazos que nos pone  
con facilidad nos prende,  
y mas quando el amor propio  
á lisongearnos viene.

Haz que baxe sin tardanza,  
y váyanse al punto ustedes.

*A Don Pablo y Doña Pepita.*

## ESCENA IV.

*Doña Elvira y Don Simplicio.*D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Tú debaxo de esta mesa  
ven al instante á meterte.

D. SIMPLICIO.

¿Yo?

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Tú; y lo que mas importa  
para el caso es esconderse  
bien.

D. SIMPLICIO.

¡Debaxo de la mesa!

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

¡Ay Dios mio! no te inquietes  
 en averiguar por qué:  
 éntrate, que así conviene,  
 y no has de meter ruido,  
 para que no se sospeche  
 Don Fidel que estás ahí.

D. SIMPLICIO.

Confesemos que no puede  
 darse más condescendencia;  
 pero porque todos queden  
 por embusteros, me allano  
 á hacer quanto me dixerés.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

No nos lo echarás en cara.

*A D. Simplicio, que está debaxo de la mesa:*

Mira, para convencerte  
 voy á tratar de un asunto  
 que en boca de las mugeres  
 propias es muy peliagudo;  
 así, ántes que él venga, advierte  
 que, si le digo requiebros,  
 es para que manifieste  
 su maldad en tu presencia,  
 para que su disfraz dexe,  
 y descubra la torpeza  
 de su corazon, albergue  
 de impostura y de lascivia,  
 para que veas pat nte  
 su villana hipocresía.

Tú podras, quando estuvieres  
 convencido de su infamia,

hacer que este juego cese,  
 saliendo de tu escondite,  
 á tí toca protegerme,  
 y estorbar que llegue el lance  
 á mas que aquello que fuere  
 necesario, para que  
 ninguna duda te quede.  
 En fin, como en este asunto  
 son tuyos los intereses  
 que median, puedes hacer  
 lo que á cuento te viniere...  
 Pero Don Fidel se acerca;  
 chito, y trata de esconderte.

# ESCENA V.

*D. Fidel, Doña Elvira y D. Simplicio  
 debaxo de la mesa.*

D. FIDEL.

Juana me ha dicho, señora,  
 que á solas quiere usted verme.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Y es para cosas secretas:  
 mire usted, por si sucede,  
 lo que ántes, si escucha alguno,  
 y tras sí la puerta cierre.

*D. Fidel va á cerrar la puerta y vuelve.*

No quiero que se repita  
 la escena, que me estremece  
 la memoria del peligro  
 que usted corrió, sin que fuesen



mis ruegos con Alexandro  
 parte para que no diese  
 cuenta á su padre de todo,  
 y fué mi susto tan fuerte  
 que ni desmentirle supe.  
 Por fin el cielo clemente  
 lo ha dispuesto mejor todo.  
 La estimacion en que tiene  
 á usted mi esposo disipa  
 la nube, y sin que sospeche  
 nada me manda que viva,  
 y que esté con usted siempre,  
 porque pretende arrostrar  
 quanto dixere la gente ;  
 de suerte que sin que nadie  
 nos lo note, ni nos zele,  
 puedo encerrarme yo sola  
 aquí con usted, y hacerle  
 sabedor de los secretos  
 de un pecho, que acaso cede  
 á sus amorosas ansias  
 despues de un plazo muy breve,

D. FIDEL.

No comprendo ese language ,  
 señora, y muy mal se aviene  
 con lo que dixo usted ántes.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Mal conoce á las mugeres  
 usted , quando así le arredran  
 sus afectados desdenes.  
 ¿Una defensá tan flaca  
 no sabe usted lo que quiere

decir? El pudor combate  
 con nuestros afectos siempre  
 en los primeros instantes,  
 y aunque el amor triunfe y reyne  
 en el pecho, la vergüenza  
 se opone á que se confiese  
 el vencimiento, y la boca  
 habla contra lo que siente  
 el corazon; la voz niega,  
 mas lo que niega concede.  
 Una confesion tan clara  
 á usted podrá parecerle  
 prueba de mi liviandad;  
 pero el extraño accidente  
 de esta tarde me disculpe;  
 y diga usted, ¿si no fuese  
 por el amor que le tengo,  
 hubiera tan blandamente  
 escuchado sus requiebros?  
 Si no quise que dixese  
 nada Alexandro á su padre,  
 ¿que mas prueba darse puede  
 de que me agrada su amor?  
 y el haber hecho tan fuertes  
 instancias para que usted  
 el casamiento deseche  
 que le propone mi esposo  
 ¿no es un indicio evidente  
 de que no quiero que nadie  
 en ese corazon reyne,  
 de que una rival me enoja?

## D. FIDEL.

Cierto, es dulzura celeste  
 oir de una boca amada  
 tanta gloria prometerse;  
 miel destila de esos labios,  
 y toda mi ánima siente  
 tanta bienaventuranza,  
 que á toda expresion excede.  
 Pero es, señora, tan grande  
 la ventura de mi suerte  
 que á creerla no me atrevo;  
 ¿y quien sabe si no es este  
 un artificio fraguado,  
 á fin de que yo deseche  
 la boda que me proponen?  
 Hablando en fin claramente,  
 para que yo á persuadirme  
 del afecto de usted llegue,  
 es preciso que algun trago  
 de celestiales placeres  
 me dé usted, y en mi alma plante  
 su favor la rama verde  
 de fe constante y sincera.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

*Despues de toser para avisar á su marido.*  
 ¿Tanto quiere usted tan breve?  
 ¿Todo el amor de mi pecho  
 tan presto apurar pretende?  
 Le confieso que le aprecio,  
 ¿y para satisfacerle  
 no le basta, que al instante  
 el último favor quiere?



D. FIDEL.

Siempre es corta la esperanza  
de aquel que nada merece,  
ni son de fiar palabras  
que tanta dicha prometen.  
No creeré mi ventura,  
señora, hasta que me diere  
prendas, usted, de cariño:  
mientras las obras no hubieren  
confirmado las palabras,  
dudaré de su amor siempre.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Señor Don Fidel, el suyo  
impone tan duras leyes,  
que me asusta usted de veras,  
¡que ansie con tan vehemente  
ardor por ver sus deseos  
satisfechos, sin que dexé  
un breve espacio de tregua,  
en que el corazón aliente!  
¿Es justo tanto rigor?  
¡Exigir lo que pretende  
sin dar una hora de plazo,  
y abusar impunemente  
de las flaquezas ajenas,  
y del amor que le tienen!

D. FIDEL.

¿Mas si con benignidad  
vé usted mi amor, á qué viene  
negarme prendas seguras  
del suyo?



D.<sup>a</sup> ELVIRA.

¿Y si consintiese,  
no se ofenderia el cielo,  
de que tanto habla usted siempre?

D. FIDEL.

Vaya; si no es mas que el cielo  
por lo que usted se detiene,  
chico estorbo es á fe mia,  
y ni mentarse merece.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Pues luego; á que hablan del cielo,  
y tanto miedo nos meten?

D. FIDEL.

Tan ridículos temores  
yo los disiparé en breve,  
señora, porque sé el arte  
de hacer que nunca atormenten  
los escrúpulos; el cielo  
nos veda ciertos placeres,  
es verdad; pero es muy fácil  
con el cielo componerse.

Hay cierta ciencia que enseña  
á ensanchar nuestros deberes,  
ó estrecharlos; es conforme,  
lo uno ó lo otro nos conviene.  
Quando las obras son malas,  
á la rectitud se atiende  
de la intencion, porque Dios  
nunca desea la muerte  
del pecador, y con poco  
se contenta. Muy en breve  
sabrà usted esta doctrina.

Déxeme que yo la lleve  
 por la mano al paraíso,  
 y no se asuste por leves  
 parvidades de materia.  
 Todo el pecado que hubiere  
 en esto caiga en mis hombros,  
 y no hay miedo que me pese...  
 Mucho tose usted, señora.

*Doña Elvira tose con mas fuerza.*

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Sí; todo el pecho me duele.

D. FIDEL.

¿Gusta usted de mi alfeñique?

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Es tos tan rancia y tan fuerte,  
 que no he de hallar alfeñiques,  
 á mi ver, que la remedien.

D. FIDEL.

Es triste cosa.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Fatal.

D. FIDEL.

En fin para que no quede  
 escrúpulo, sepa usted  
 que del escándalo pende  
 el pecado, ya lo dixe  
 otra vez, y considere  
 que con acciones ocultas  
 jamas el cielo se ofende.  
 Quien disimula no peca.

### III

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

*Despues de toser y dar golpes sobre  
la mesa.*

Habré al fin de resolverme  
á ceder á usted, pues veo  
que si á todo quanto quiere  
no me allano, no hay pensar  
que quíeran aquí créerme.  
Sin duda que es cosa triste  
que hasta tanto extremo llegue,  
pero si doy este paso,  
es porque no se convencen  
sin él de lo que yo digo,  
porque exígen ciertas gentes  
desengaños tan palpables,  
y pruebas de tal especie  
que... En fin, si alguno se agravia  
con esta accion, no se queje  
de mí; la culpa no es mia,  
protesto estar inocente,  
y que cedo á la violencia.

D. FIDEL.

Señora, nada recele  
usted; sobre mi cabeza...

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Salga usted por si estuviese  
Simplicio en el corredor,  
y vuelva sino le viere.

D. FIDEL.

Esa es precaucion inútil,  
que es hombre con quien se puede  
jugar como con un niño,

y le tengo de tal suerte  
que, aun viéndolo, nunca crea  
cosa que á mí no me pete.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

No importa; salga usted fuera,  
y escudriñe atentamente  
todas las piezas vecinas,  
por lo que suceder puede.

## ESCENA VI.

*Don Simplicio y Doña Elvira.*

D. SIMPLICIO.

*Saliendo de debaxo de la mesa.*

¡Jesús, que hombre tan infame!  
vaya vaya; es una peste  
infernál, no vuelvo en mí.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Simplicio ¡que vivo que eres!

¿Á que sales todavía?

Extraño que te aceleres

tanto, vuelve á tu escondite,

y aguarda hasta el fin: ¿no temes

hacer un juicio malo?

Saldrás de dudas muy breve.

D. SIMPLICIO.

Pongo á que hombre mas perverso  
ni en el infierno se encuentre.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

¡Dios mio! las apariencias

te engañan. ¿ Quien sabe? Á veces



que mas ciertas nos parecen.  
 Para no errar te aconsejo  
 que sin decir nada esperes  
 hasta el remate de todo.

*Doña Elvira pone á Don Simplicio  
 detras de ella.*

## ESCENA VII.

*D. Simplicio, Doña Elvira y D. Fidel.*

D. FIDEL.

*Sin ver á D. Simplicio.*

La fortuna favorece  
 mis gustos; de mirar vengo  
 esos quartos, y no hay gente.  
 Mi tierno amor . . .

*Al tiempo que Don Fidel vieng con los brazos abiertos  
 para abrazar á Doña Elvira, ésta se retira, y ve  
 Don Fidel á Don Simplicio.*

D. SIMPLICIO.

*Deteniendo á Don Fidel.*

Cepos quedos.

Procure usted contenerse.

¡Cáspita, qué amor tan fino!

¿Con que el siervo de Dios quiere  
 ponerme lo que usted sabe?

¡Un santo que así se dexe  
 llevar de la tentacion!

¡Se casa con mi hija y quiere  
 gozar tambien mi muger!

Yo creí que en burlas fuese.

He aguantado largo rato,  
pensando que era juguete,  
y que iba á mudar de estilo.  
Ya tengo lo suficiente,  
sin que usted pase adelante.

D.<sup>a</sup> ÉLVIRA.

*A Don Fidel.*

Astucia mi accion parece,  
mas no estuvo en mí evitarla.

D. FIDEL.

*A Don Simplicio.*

¿Piensa usted? . . .

D. SIMPLICIO.

En lo que piense.

Mutis de casa al momento,  
sin mas dimes ni diretes.

D. FIDEL.

Mi intento . . .

D. SIMPLICIO.

Es gastar parola,  
y lo que aquí se requiere  
es irse pronto á la calle.

D. FIDEL.

Usted es quien luego debe  
irse; usted que hace de dueño;  
la casa me pertenece  
á mí solo; yo lo haré  
constar quando el tiempo llegue.  
Vano es que con viles artes  
ultrajarme aquí se piense;  
yo haré ver que tengo medios  
para castigar alevés,

y confundir impostores,  
vengando al cielo que ofenden,  
y haciendo que se arrepientan  
quantos agraviarme intenten.

ESCENA VIII.

*Doña Elvira y Don Simplicio.*

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

¿Que es lo que quiere decir?  
¿Que modo de hablar es este?

D. SIMPLICIO.

A fe que yo no me río,  
y que temo un accidente.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

¿Qual?

D. SIMPLICIO.

He hecho un gran disparate,  
no sé que remedio tiene.  
Esta donacion me inquieta.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

¿Que donacion?

D. SIMPLICIO.

De mis bienes,  
y es negocio concluido,

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

¿Que?

D. SIMPLICIO.

Ya lo sabrás. Lo urgente  
es ver si no se ha llevado  
una arquita con papeles.

## ACTO QUINTO.

## ESCENA PRIMERA

*Don Simplicio y Don Pablo.*

D. PABLO.

¿A donde vas tan de prisa?

D. SIMPLICIO.

¿Que sé yo?

D. PABLO.

La primer cosa  
es pensar lo que has de hacer  
para salir de zozobras.

D. SIMPLICIO.

Lo que á mí me hace perder  
el juicio, y me incomoda  
mas que otra cosa es la arquita.

D. PABLO.

¿Pues tanto esa arquita importa?

D. SIMPLICIO.

El amigo perseguido  
que mi corazon aun llora,  
al irse me la encargó,  
y su caudal, vida y honra,  
dixo que de estos papeles  
dependian.

D. PABLO.

¿Pues que loca  
idea te hizo ponerla  
en manos de otra persona?



D. SIMPLICIO.

Escrúpulo de conciencia.  
 Contéle toda la historia  
 á ese bribonazo , y él  
 con su monita devota  
 me persuadió se la diera,  
 diciendo ser fácil cosa  
 que el juez hiciera pesquisas ;  
 si echaba requisitorias,  
 yo , sin cargar mi conciencia ,  
 y con doblez oficiosa ,  
 decia que no tenia  
 ni papeles , ni las otras  
 cosas que me preguntáran ,  
 y que así juraba contra  
 la verdad , y sin pecar.

D. PABLO.

Hermano , veo que toman  
 tus asuntos mal semblante ;  
 la donacion , esa historia ,  
 el haberte fiado de él ;  
 confieso que me acongoja  
 quanto me dices , y entónce  
 ha sido una accion muy loca  
 insultarle , como has hecho ,  
 que tiene prendas de sobra  
 para darte que sentir.

D. SIMPLICIO.

¡Que ; con facha tan devota  
 esconder tanta doblez ,  
 tanta maldad horrorosa ;  
 conmigo que le dí asilo

quando pedia limosna!  
 Si otro santurron me engaña,  
 mándole que ha de ser obra  
 de romanos: como al diablo  
 la cruz haré á las personas  
 que me hablen de devocion.

D. PABLO.

Simplicio; eso es dar en otra  
 exágeracion peor.

Mas tú nunca te reportas;  
 y por huir de un error  
 das en el opuesto ahora.

Un pícaro te engañaba  
 con capa de religiosa  
 piedad, y por eso piensas  
 ya que las almas devotas,  
 que sirven á Dios con zelo,  
 son como ese infame todas.

Si así lo crees, hermano,  
 torpemente te equivocas.

Dexa, dexa á los impíos  
 que conseqüencias tan tontas  
 saquen, y que hagan rechifla  
 de la piedad, porque es moda.

Tú ama la virtud, respeta  
 á las personas piadosas;  
 mas no creas en palabras,  
 atente solo á las obras;  
 aborrece la villana  
 hipocresía, mas honra  
 la virtud pura y sincera,  
 y la religion adora:

y advierte que vale mas ,  
hermano , pecar por sobra  
que por falta de respeto  
en cosas de tanta monta.

## ESCENA II.

*D. Simplicio, D. Pablo y D. Alexandro.*

D. ALEXANDRO.

¿Padre , es cierto que un bribon  
sin vergüenza le provoca  
á usted , sin guardar de tantos  
beneficios la memoria ,  
y que tiene la insolencia  
de amenazarnos ahora  
que ha de echarnos de esta casa?

D. SIMPLICIO.

Así es , hijo , mi congoja  
es cruel en este lance.

D. ALEXANDRO.

Ese pleyto á mí me toca.  
Ambas orejas le corto ,  
y salimos de zozobra  
en un instante ; bien puede  
decir que le llegó su hora.

D. PABLO.

Bueno ; eso se llama hablar  
con la ligereza propia  
de un muchacho atolondrado ;  
modera esa furia loca ,  
que vivimos baxo un justo

gobierno, y el que se porta  
con violencia halla castigo,  
sin que el favor le socorra.

### ESCENA III.

*Doña Tecla, D. Simplicio, Doña Elvira,  
D. Pablo, Doña Pepita, D. Alexandro  
y Juana.*

D.<sup>a</sup> TECLA.

¿Que es esto hijo? Aquí me cuentan  
un monton de horribles cosas.

D. SIMPLICIO.

Grandes novedades, madre,  
que acabo de ver ahora  
yo mismo. Vé usted qué fruto  
he sacado de mi boba  
bondad: un pobre mendigo,  
que de beneficios colma  
mi necesidad, que le trato  
qual pudiera á la persona  
mas allegada, le doy  
mi caudal, y á mi hija propia,  
y al mismo tiempo el villano  
á mi muger enamora,  
y procura deshonorarme;  
esto no basta; se arroja  
hasta amenazarme ingrato  
con dádivas que mi tonta  
confianza le tiene hechas;  
afana por ver si logra



despojarme de mis bienes,  
y ponerme en la horrorosa  
miseria , de que yo necio  
le he sacado: ésta es mi historia.

JUANA.

¡Pobrecito!

D.<sup>a</sup> TECLA.

Hijo ; no creo  
que hiciera accion tan odiosa.

D. SIMPLICIO.

¿Como?

D.<sup>a</sup> TECLA.

Los buenos son siempre  
envidiados.

D. SIMPLICIO.

Esta es otra :  
¿que quiere usted decir , madre?

D.<sup>a</sup> TECLA.

Que es tu casa una Liorna,  
y que todos le aborrecen.

D. SIMPLICIO.

¿Y para el caso qué importa?

D.<sup>a</sup> TECLA.

Quando eras niño , te dixe  
que las gentes virtuosas  
eran las mas perseguidas ;  
que la envidia es la ponzoña  
que nunca muere en el mundo,  
porque se van las personas  
envidiosas , y ella queda.

D. SIMPLICIO.

Y lo que yo digo ahora

¿que tiene que ver con eso?

D.<sup>a</sup> TECLA.

Te habrán contado una historia  
sin pies, ni cabeza.

D. SIMPLICIO.

Calle.

¿Pues no he dicho ya, señora,  
que lo he visto yo, yo mismo?

D.<sup>a</sup> TECLA.

Hay lenguas murmuradoras.

D. SIMPLICIO.

Esto es para condenarse.

Una vez, ciento y mil otras  
repito que yo lo he visto.

D.<sup>a</sup> TECLA.

De las lenguas ponzoñosas  
ninguno puede librarse.

D. SIMPLICIO.

Usted, madre, me provoca,  
con las réplicas que tiene,  
y sus reflexiones tontas.

Si he dicho ya que lo he visto,  
visto ¿lo oye usted ahora?

Visto con mis propios ojos.

Pues no está mala la sorna.

¿Quiere usted oirlo mas?

D.<sup>a</sup> TECLA.

¡Dios mio! Son engañosas  
las apariencias, mil veces  
el mas lince se equivoca.

No siempre es bueno juzgar  
uno por su vista propia.

D. SIMPLICIO.

¡Por vida de!...

D.<sup>a</sup> TECLA.

Sospechamos  
siempre lo peor; las obras  
santas se interpretan mal.

D. SIMPLICIO.

¿Que interpretar, ni que alforjas,  
si abrazaba á mi muger?

D.<sup>a</sup> TECLA.

Antes que de una persona  
se hable mal, es necesario  
saber de fixo las cosas.

D. SIMPLICIO.

¿Que mas fixo quiere usted?

El diablo no diria otra.

¿Con que habia de aguardar  
hasta que?... Usted está tonta.

D.<sup>a</sup> TECLA.

En fin es alma muy cándida,  
muy devota y religiosa,  
y las cosas que le achacan  
saldrá que son falsas todas.

D. SIMPLICIO.

Es mucho disparatar,  
no se si fuera usted otra  
que mi madre lo que haria.

JUANA.

*A Don Simplicio.*

Así va, señor, la bola;  
usted no quiso creer,  
y no le creen ahora.

D. PABLO.

Gastamos en frioleras,  
que maldita cosa importan  
tiempo, y mientras sus medidas  
sin duda el pícaro toma.

D. ALEXANDRO.

¿Piensa usted que llegue á tanto  
su descaro?

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Tengo poca  
inteligencia en asuntos,  
mas pienso que tan odiosa  
demanda no ose entablarla.

D. PABLO.

*A Don Simplicio.*

No te fies; hay personas  
que protegen á los malos;  
este lance de su boca  
oído parecerá  
una accion que le es honrosa,  
y con menos fundamento  
he visto yo que se atollan  
otros, sin poder salir  
á salvo. ¿Quien le provoca  
con las armas que él tenia?

D. SIMPLICIO.

Cierto, pero al ver su odiosa  
soberbia y su hipocresía,  
confieso que perdí toda  
la razon y la paciencia.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Sí, quando pasó la historia,



hubiera sabido yo  
lo que habia ; quien ignora  
que hubiera excusado el lance  
que tanto nos desazona,  
y mis ? . . .

D. SIMPLICIO.

*A Juana, viendo entrar á D. Celedonio.*

¿Que me quiere ese hombre?  
sabe á qué fin se le antoja  
verme, y dile que se vaya,  
que su visita incomoda.

#### ESCENA IV.

*D. Simplicio, Doña Tecla, Doña Elvira,  
Doña Pepita, D. Pablo, D. Alexandro,  
Juana y D. Celedonio.*

D. CELEDONIO.

*Á Juana en el fondo del teatro.*

Dios le dé salud, hermana,  
y despues allá la gloria.  
Quisiera hablar dos palabras  
al amo, si nadie estorba.

JUANA.

Está con gente y no puede  
hablar con nadie.

D. CELEDONIO.

No importa,  
que yo no seré importuno:  
es asunto de muy pocas  
razones, y gustará

de saberle de mi boca.

JUANA.

¿Su nombre de usted?

D. CELEDONIO.

Mi nombre

es lo que menos importa.

Dígale usted que me envia

Don Fidel, y para cosas

de su bien.

JUANA.

*A Don Simplicio.*

Dice que viene

para negocios de monta

de parte de Don Fidel,

y que será muy gustosa

su comision.

D. PABLO.

*A Don Simplicio.*

Pues oigamos

lo que ese hombre nos proponga.

D. SIMPLICIO.

*A Don Pablo.*

¿Si me habla de componerse,

qué quieres que le responda?

D. PABLO.

Será forzoso escucharle

en tu situacion penosa.

D. CELEDONIO.

*A Don Simplicio.*

El Señor nos dé su gracia,

y confunda á quien se oponga

á su bien de usted, que así

esta ánima pecadora  
lo pide en sus oraciones.

D. SIMPLICIO.

*En voz baxa á Don Pablo.*

Este exórdio se acomoda  
muy bien con lo que yo pienso.

D. CELEDONIO.

He recibido mil honras  
de esta casa, y señor padre  
siempre como cosa propia  
me miraba.

D. SIMPLICIO.

Siento mucho  
no conocer la persona  
de usted: dígame su nombre.

D. CELEDONIO.

Don Celedonio de Porras,  
natural de Mondoñedo,  
y por mas que se carcoma  
la envidia, soy escribano  
con mis títulos en forma.  
Quarenta años ha que exerzo  
esta profesion gloriosa.  
Y vengo con su licencia,  
y sin consentir demora,  
á notificar un auto.

D. SIMPLICIO.

¿Que ; usted viene?...

D. CELEDONIO.

Es cosa corta,  
que está dicha en dos palabras;  
providencia executoria

de proceder al despojo  
de casa, y que ni personas  
ni muebles en ella queden,  
sin permitir moratoria.

D. SIMPLICIO.

¡Yo salir de aquí!

D. CELEDONIO.

¿Usted sabe,  
señor, que es la casa ahora  
del buen señor Don Fidel,  
que por un contrato en forma,  
otorgado ante escribano,  
y que tengo aquí en mi bolsa,  
dueño es del caudal de usted,  
sin que ninguno le tosa?

D. ALEXANDRO.

*A Don Celedonio.*

Es mucha la desvergüenza.

D. CELEDONIO.

*A Don Alexandro.*

Á mí no me comisionan  
para tratar con usted,  
caballerito; á quien toca

*Señalando á Don Simplicio.*

responder es al señor,  
que es un sugeto de forma,  
y respeta á la justicia.

D. SIMPLICIO.

Yo...

D. CELEDONIO.

Sí señor, y me consta  
que no haria resistencia



por un millon, que es persona  
prudente y muy timorata  
el señor, y no le enoja  
que yo cumpla con mi oficio.

D. ALEXANDRO.

¿Á que se gana una soba  
de palos bien asentados  
su monita socarrona?

D. CELEDONIO.

*A Don Simplicio.*

Haga usted que salga ó calle  
su hijo, que fuera penosa  
precisión certificar  
palabras tan injuriosas.

JUANA.

¿Á este hombre Don Celedonio,  
ó Don Demonio le nombran?

D. CELEDONIO.

Tengo, señor, tierno afecto  
á las almas religiosas  
y buenas, y en prueba de ello,  
y del zelo que me abona,  
practico estas diligencias,  
porque algun otro no escojan  
que procediese con menos  
suavidad, que hay personas  
de muy poco miramiento.

D. SIMPLICIO.

Pues es accion cariñosa  
el echarme de mi casa.

D. CELEDONIO.

Pero permito demora,

y el cumplimiento del auto  
 no pienso poner por obra  
 hasta mañana temprano,  
 sí Dios quiere; yo las cosas  
 no las llevo por el filo.  
 Porque todo vaya en forma,  
 usted, ántes de acostarse,  
 hará que me entreguen todas  
 las llaves: yo mandaré  
 á diez hombres de mucha honra  
 que pasen aquí la noche:  
 mientras que ustedes reposan  
 velan ellos, y así nadie  
 nada de la casa toma.  
 Mañana al amanecer  
 saca usted todas sus cosas,  
 y se las lleva, y se va  
 adonde mas le acomoda.  
 Mis mozos ayudarán;  
 son todos gente mañosa  
 y robusta; á fe que nada  
 se desgracie ni se rompa.  
 Soy hombre muy servicial  
 y bondoso, sin lisonja.  
 Señor Don Simplicio: yo  
 aguardo de usted la propia  
 bondad, y que su familia  
 á mi oficio no se oponga.

D. SIMPLICIO.

¡De lo poco que me queda  
 de mejor gana cien onzas  
 diera yo por asentar

ap.

en su cara socarrona  
el bofetón mas bien dado!

D. PABLO.

*A Don Simplicio.*

Vamos, hermano, una poca  
de paciencia.

D. ALEXANDRO.

No sé como  
me contengo, que la boca  
no le he bañado ya en sangre.

JUANA.

Pregunto ¿en esa corcoba  
qué sentaría mejor,  
ó garrote, ó cachiporra?

D. CELEDONIO.

Hija, modere esa lengua,  
y sepa, por si lo ignora,  
que tambien para mugeres  
hay castigo, si provocan.

D. PABLO.

*Á Don Celedonio.*

Traiga usted ese papel,  
y déxenos.

D. CELEDONIO.

En buen hora:  
hasta luego: Dios les dé  
á ustedes su santa gloria.

D. SIMPLICIO.

Y Satanás el infierno  
á tí, y quien te comisiona.

## ESCENA V.

*D. Simplicio, Doña Tecla, Doña Elvira,  
D. Pablo, Doña Pepita, D. Alexandro  
y Juana.*

D. SIMPLICIO.

¿Que tal, madre, miento yo?  
Por el auto que me emboca  
saque usted si tiene el alma  
bien infame y bien traidora  
el gazmoño hipocriton.

D.<sup>a</sup> TECLA.

¡Jesus! Me he quedado tonta;  
como la que vé visiones.

JUANA.

*Á Don Simplicio.*

No señor, todas sus obras  
se encaminan al provecho  
del próximo, y mayor honra  
de Dios; los bienes terrenos  
son cosas muy transitorias,  
y suelen dañar al alma,  
por eso su fervorosa  
caridad á usted le quita  
ese peso que le estorba  
para el camino del cielo.

D. SIMPLICIO.

Siempre has de ser habladora;  
calla y déxanos en paz.



D. PABLO.

*A Don Simplicio.*

Tomemos medidas prontas  
para salir de este apuro.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

Haz al público notoria  
su ingratitud y osadía;  
con su conducta alevosa  
las cláusulas del contrato  
ese perverso las borra,  
que no es posible que triunfe  
iniquidad tan odiosa.

## ESCENA VI.

*D. Carlos, D. Simplicio, Doña Tecla,  
Doña Elvira, D. Pablo, Doña Pepita,  
D. Alexandro y Juana.*

D. CARLOS.

Señor Don Simplicio, siento  
darle un pesar, pero importa  
mucho que usted ponga en cobro  
al momento su persona:  
un amigo íntimo mío,  
que acaso en ello viola  
el secreto que es debido  
en cosas de estado, ahora  
me avisa que está mandado  
prender á usted, y que sola  
la fuga puede librarle.  
Una hora ha la venenosa

serpiente, que abrigó usted,  
de traicion y de alevosas  
correspondencias le acusa:  
la delacion corrobora  
presentando al Soberano  
una arquita que usted, contra  
las leyes de fiel vasallo,  
guardaba, donde están todas  
las piezas de un fugitivo  
reo de estado: no informa  
de mas mi amigo; mas sé  
que hay orden para la pronta  
prision de usted, y el villano  
acompañará en persona  
á el que ha de arrestar á usted.

D. PABLO.

Así el hipócrita colma  
su maldad, y sus derechos  
con esta accion corrobora,  
fingiendo que eres traidor.

D. SIMPLICIO.

Vaya; el hombre, sin lisonja,  
es un maldito animal.

D. CÁRLOS.

Vamos, que qualquier demora  
puede ser á usted funesta.  
Ahí tiene usted esa bolsa  
con mil doblones; mi coche  
nos aguarda hace media hora.  
No perdamos un instante,  
que estos golpes, si se estorban,  
es poniendo tierra en medio.

Mi amistad no le abandona  
á usted hasta estar en parte  
segura.

D. SIMPLICIO.

¡Quanto á la heroyca  
amistad de usted le debo!  
Ruego al cielo que me ponga  
en estado de pagar  
una accion tan generosa.  
Y tú, Pablo, ten cuidado.

D. PABLO.

No te detengas: con todas  
tus cosas tendré yo cuenta,  
como con las mías propias.

## ESCENA VII.

*D. Fidel, un Alcalde de Corte, Doña Te-  
cla, Doña Elvira, D. Simplicio, D. Pablo,  
Doña Pepita, D. Carlos, D. Alexandro  
y Juana.*

D. FIDEL.

*Deteniendo á D. Simplicio.*

Despacio, señor, despacio;  
no es menester que usted corra  
tanto para encontrar casa;  
el Soberano le aloja  
en la cárcel.

D. SIMPLICIO.

¡Ha villano!

¡Con qué bella accion coronas  
tus infamias! ¡Digna paga  
de quien á pícaros honra!

D. FIDEL.

Con todas esas infamias  
no piense usted que me enoja,  
que se las ofrezco á Dios.

D. PABLO.

Edifica tan devota  
moderacion.

D. ALEXANDRO.

¡El perverso  
cómo del cielo se mofa!

D. FIDEL.

En vano por irritarme  
me denuestan y baldonan;  
quien cumple con sus deberes  
vanos clamores arrostra.

D.<sup>a</sup> PEPITA.

Por cierto la comision  
con que usted viene es honrosa.  
¡Soplon!

D. FIDEL.

En servir al Rey  
no puede haber deshonor.

D. SIMPLICIO.

¿Te acuerdas, bribon mendigo,  
que te daba de limosna  
de comer pan á mi mesa?



D. FIDEL.

No me olvido de las honras  
que puedo deber á usted;  
pero media la persona  
sagrada del Soberano  
que toda gratitud borra  
en mi pecho, que leal  
sacrificára á su gloria  
amigos, parientes, hijos.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

¡Infame!

JUANA.

¡Como blasona  
de virtud el muy soez!

D. PABLO.

Pues si es tan buen patriota  
usted, como aquí se jacta,  
¿por que aguardaba hasta ahora  
á delatar á mi hermano,  
quando ha visto que á su esposa  
requiebra usted, y de casa,  
porque así lo exige la honra,  
le despide? Y si es culpado,  
¿para qué admite con pronta  
voluntad la donacion  
que con mano generosa  
de todo su caudal le hace?  
Cosas tan contradictorias  
yo no acierto á concertarlas.

D. FIDEL.

*Al Alcalde de Corte.*

Bulla tan escandalosa

durará, Señor Alcalde,  
hasta cumplir con lo que obra  
el expediente, y así  
haga usted justicia pronta.

EL ALCALDE.

Será usted servido al punto,  
y pues la justicia invoca,  
la ejecutaré al instante.  
Sin réplica ni demora  
dése usted al Rey.

D. FIDEL.

¡Yo preso!

EL ALCALDE.

Usted.

D. FIDEL.

¿Por que?

EL ALCALDE.

Eso no toca  
á usted preguntar ; mas quiero  
que estos señores conozcan  
la historia de un impostor.

*A Don Simplicio.*

Aliente usted : no está ahora  
en el tiempo en que reynaba  
la hipocresía engañosa :  
un Soberano ilustrado  
disipa sus cautelosas  
nieblas , por mucho que artera  
en sus vapores se esconda.  
De la religion amante,

sabe discernir las sombras  
de la luz; y el falso zelo,  
que con color se arrebola  
de piedad y devocion,  
toda su saña provoca.  
De este hipócrita villano  
las virtudes impostoras  
mal podian engañarle,  
que muy mas artificiosas  
mentiras penetrar sabe:  
de una mirada vió todas  
las maldades de este infame,  
en su corazon las hondas  
raíces que echó el delito;  
y quando con engañosa  
astucia á su bienhechor  
acusa, la vengadora  
justicia del cielo quiere  
que el príncipe en él conozca  
á un célebre delinquente,  
cuyos hechos epilógan  
tanta negra iniquidad  
que llenára mil historias.  
Para evitar su castigo  
el fingido nombre toma  
de Don Fidel, ocultando  
el suyo, que tanto asombra.  
Indignado el Soberano  
de su conducta alevosa,  
que así con su ingritud  
sus graves delitos colma,  
quiso ver dónde llegaba

de su desvergüenza loca  
el exceso, y me encargó  
que le traxese, con sola  
la intencion que reparase  
los males que ustedes lloran.  
La autoridad soberana  
del monarca le despoja  
de la donacion que usted

*A Don Simplicio.*

le hizo de su hacienda toda,  
le restituye sus bienes,  
y su clemencia perdona  
la ofensa de haber guardado  
con reserva misteriosa  
la fe á su amigo proscrito;  
así el príncipe corona  
el zelo, que por su causa  
muestra usted en las discordias  
civiles que nos agitan;  
que siempre su protectora  
diestra ampara á quien le sirve,  
y si en su alma grande poca  
impresion hace el agravio,  
el servicio no se borra.

JUANA.

¡Gracias al cielo!

D.<sup>a</sup> TECLA.

Ya aliento.

D.<sup>a</sup> ELVIRA.

¡Que suerte tan venturosa



D.<sup>a</sup> PEPITA.

¿Quien lo dixera?

D. SIMPLICIO.

*A Don Fidel, que el Alcalde se lleva consigo.*

Anda, infame.

## ESCENA VIII.

*Doña Tecla, D. Simplicio, Doña Elvira,  
Doña Pepita, D. Pablo, D. Carlos, D. Ale-  
xandro y Juana.*

D. PABLO.

Mira, hermano, que deshonoras  
 el triunfo con insultar  
 á ese hombre: harto dolorosa  
 es su suerte: ántes al cielo  
 su perdon por él implora,  
 que arrepentido sus culpas  
 lllore, porque piadosa  
 la bondad del soberano  
 temple su castigo. Ahora  
 vé á dar las gracias de tantos  
 favores de que te colma  
 el Monarca, y á sus plantas  
 reconocido te postra.

D. SIMPLICIO.

Dices bien: vamos al punto  
 de su bondad generosa  
 á tributarle rendidas  
 gracias, y luego las bodas

de Pepita dispondremos  
con Cárlos, que su amorosa  
constancia de ser premiada  
mucho ha que es merecedora.

FIN.

